Boceto Biográfico del Sr. General

D. Ramón Corona

PROPIEDAD DE LA
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

.350099
N
1

Por el Lic. José G. Zuno Hernández

JOSE G. ZUNO

Boceto Biográfico del Sr. General

D. Ramón Corona

I

— PROEMIO —

Por el Lic. D. Francisco MEDINA ASCENSIO
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco.

La expresión leal del pensamiento se va fraguando con la existencia misma. No basta el pensar, es indispensable el actuar. La vida sola no tiene sentido si no escribe con hechos la expresión clara de la razón del vivir.

La historia de un pueblo es la narración ininterrumpida de sucesos que van impregnados del espíritu y del sentimiento vivo del ser colectivo. La Historia, la Patria, son sin duda la impresión completa de la psicología colectiva y de la revelación del espíritu de la actuación y del mismo ser del pueblo.

Jalisco no es una excepción. Su historia es lo elocuente de su sentir y de su esencia. Cada etapa histórica va teniendo características y vivencias que lo distinguen y lo determinan invariablemente. La Independencia, la Reforma y la Revolución son etapas que han dejado huella indeleble en nuestra vida. Por ello la historia narrativa de nuestra existencia colectiva está sellada con la marca de esas etapas que le dan un carácter inconfundible.

Pero no basta pensar en la historia; es preciso escribrla; pero no sólo narrarla; sino sentirla. José Guadalupe Zuno señalado en su vida y en su pensamiento por el espíritu indestructible de esas épocas, las ha sentido, unas espiritualmente y otras la ha vivido con la recia energía de la realidad. Afirma él que los hombres son signos que representan una etapa y que su presencia es producto y emanación de una mentalidad y de una acción colectiva. Zuno actuó en su vida en forma definitiva; se explayó en el arte e hizo de la pintura y de la caricatura la expresión misma de su sentir y de su pensar.

¡Hay de aquella vida que no sea congruente con sus pensamientos y con su acción! Por ello Zuno enmarca una etapa de la historia de Jalisco. Al escribir sobre la Reforma y sus hombres lo hace pensando en la realidad mexicana y en sus consecuencias.

Prisciliano Sánchez, prócer jalisciense, destaca en la vida institucional de nuestra provincia y parece integrar una época entera sostenida por un conglomerado que con José Luis Verdía y otros, dan

marcado esplendor y acción vigorosa a una etapa definitiva de nuestra historia.

Celebramos ahora la Integración de la República. El Maestro Zuno forja este ensayo, no solamente como una descripción sino con la proyección muy honda de querer forjar una lección espléndida para nuestra juventud y para que ésta sepa ver en la vida pública, no un medio para destacar vanidosamente; sino para saber aprovechar una enseñanza de la historia y encausar con nuestros propios actos, la acción vigorizante que haga destacar la etapa en que vivimos, o en que nos toca actuar, como peldaño seguro que haga enraizar más y mejor nuestro sentido de la nacionalidad.

Los hombres todos de la Reforma y quienes integraron el forjamiento de nuestra República, se olvidaron de sí mismos para pensar en México. Así hoy, a cien años de distancia, el historiógrafo Zuno Hernández plasma con el pincel de su pluma una lección que espero sea aprendida e imitada en la acción, por quienes ahora nos toca dirigir y encausar o actuar simplemente en la formación de nuestra historia, que será ejemplo, mañana, para nuestros hijos.

No es bastante saber vivir y actuar en la cosa pública; también es necesario transmitir un mensaje con nuestra actuación íntegra y cabal a los que nos suceden. El Maestro Zuno precisamente hace eso: no solo vivió la vida de la acción pública, sino que transmite su lección y las que a él le sirvieron como pauta.. Por eso al hacerlo, cumple con su deber. Haciéndolo, lo hace por *México,* palabra y contenido que encierra toda nuestra vocación y nuestro destino entero. Gracias.

D. RAMON CORONA

Presentaremos un cuadro con hechos acontecidos en las orillas del Lago de Chapala, cercanas a la población de Tuxcueca. Una canoa de pescadores está sobre la arena de la playa y en ella se encuentran un viejo pescador y tres jóvenes vistiendo humildemente, como los campesinos de la región acostumbraban en la primera mitad del siglo pasado. El lago presenta en su profundo horizonte, con precisa claridad, los perfiles de la silueta de la Isla de Mexcala.

Uno de aquellos jóvenes era Ramón Corona, que contaba once años de edad y que iba a radicarse, junto con su padre y hermanos, a la ciudad de Sayula. Corría el año de 1848. La señora doña Dolores Madrigal, su madre, había muerto recientemente. Como a su padre, don Esteban Corona, lo había empleado en sus negocios comerciales don Adelaido Sauza, que era pariente cercano de ellos, cambiaron su residencia, primero a Sayula como hemos dicho; y luego a Teocuitatlán, para ir años más tarde a Tequila y a Tepic. El viejo pescador que estaba con los jóvenes que había sido contratado para llevar a la familia hasta Jocotepec, indagó por la tardanza de don Esteban. Ramón le informó que no tardaría mucho, pues querían llegar a su destino antes de que terminara el día, pero que podían muy bien emplear el tiempo platicando algo sobre los insurgentes de la Isla de Mexcala, ya que aquel pescador anciano, era uno de los veteranos de aquella heroica gesta. El viejo se entusiasmó con la petición. Sonriente y clavando la mirada en la silueta de la isla, allá a lo lejos, les refirió como Encarnación Rosas, que fue su jefe, había organizado a todos los indígenas de Ixicán, de Tlachichilco, de Columba y Tizapán, de Soyatlán y Palo Alto y aun de Soyatlán y Jocotepec. Recordó emocionado cuando la tropa de los gachupines, al mando de un tal Iñiguez, pretendió sorprenderlos poco antes de su levantamiento, en Tizapán; pero Rosas, que había militado con don Miguel Hidalgo hasta cuando sufrieron la derrota del Puente de Calderón, supo recibir debidamente al español y lo desbarató. La popularidad de Rosas creció mucho con el triunfo, que se repitió en Ixicán en donde vencieron al Coronel Serrato y después, muy pronto, a Poncitlán, que ocupaba el General español Rafael Hernández, pero en contra del odiado Cura Chicharronero Manuel Alvarez, así lla-

mado porque con frecuencia hacía quemar a los insurgentes que caían prisioneros de sus tropas.

Los jóvenes pueblerinos oían absortos los relatos de los heroicos hechos de los indígenas del Lago de Chapala contados, por la viva tradición de aquel viejo pescador, humilde y verídico. Pero él a su vez, intrigado por el hondo interés de sus oyentes, preguntó a Corona la razón de su entusiasmo; y el joven campesino le dijo que a él le inflamaba ya también el alma el deseo de ponerse al servicio de la Patria; que solamente esperaba llegar a la mayor edad y que en cuanto se le presentara la ocasión, haría esfuerzos sobrehumanos para imitar a los patriotas paisanos suyos; que aun cuando el lugar de su nacimiento era el pequeño poblado llamado Puro-Agua, ahí muy cerca, con la sola razón de que estaba en las riberas del bello Chapala, se sentía predestinado para servir a la Patria Mexicana.

Poco después llegaron el padre de Ramón y la demás familia; se embarcaron y fueron hasta Jocotepec, de donde los llevaron en una carreta hasta Sayula.

Corona era capaz e inteligente; pero no había tenido mas oportunidad de estudios, que un año que pasó en Guadalajara, en el modesto colegio de instrucción primaria del maestro don Ignacio Bóveda. Después vivió en Tuxcueca y luego pasó a Teocuitatlán en donde se dedicó al comercio.

El año de 1851, cuando cumplía 15 años, su padre lo llamó a Tepic, como hemos dicho antes. He aquí como don Ramón Corona, otro de nuestros grandes hombres se formó en las dos entidades: Jalisco y Nayarit. Y fue fiel a la gratitud que debió a la hospitalidad de los nayaritas, a quienes sirvió y ayudó a encontrar su destino digno en el campo social y político, ya que allá fue donde hizo sus primeras armas en contra del fatídico Tigre de Alica, el Tuerto Manuel Lozada, como de los dos modos se le llamaba. Esto aconteció en Acaponeta, allá por el año de 1858. Trabajaba don Ramón en el famoso mineral de Real de Montaje, como a seis leguas de la población, en la sierra; y era propiedad de su protector, don Jesús Gómez Cuervo y del español don Juan Antonio de Aguirre. Lozada se había convertido en bandolero de camino real, en cabecilla imperialista, partidario de Santa Anna, primero; y después, de Maximiliano, el llamado Emperador de México. Aquella vocación que se le reveló a Corona el día que salió de Tuxcueca, al oír por boca del pescador las proezas de los insurgentes de la Laguna Chapala, se le impuso de nuevo ante las atrocidades de aquellos inhumanos bandidos, que cometían a diario toda clase de arbitrariedades e injusticias, causando el terror del pueblo.

Algunas veces se vio Corona con ánimos de alzarse contra Lo-

zada, secundado por otros obreros y campesinos del Real; pero uno de los dueños de la negociación, llamado Don José María Villanueva, lo convencía de que deberían preparar bien el golpe, no aislados y por sólo su propia iniciativa; sino secundando al Partido Liberal Mexicano, que se personificaba en la egregia figura de don Benito Juárez. Más pronto llegaron noticias de la ocupación de la Plaza de Guadalajara por el señor don Santos Degollado. Terminaba el mes de octubre. En noviembre, don Pablo Lagarma se había apoderado del Puerto de Mazatlán, logrando que la guarnición lo secundase, y en breves días pasarían muchas de sus tropas por Acaponeta. Más los conservadores, derrotados en Mazatlán, buscaron la ayuda de Lozada, llegando a Tepic donde se encontraba con unos 180 hombres de todas las armas. Eran mandados por los reaccionarios Mendía y Campuzano. Corona y Villanueva se dispusieron rápidamente para entrar en acción. Tuvieron la cooperación de don Pablo Romero, pero otro de sus adictos, Lora, que debía entrar él primero a Acaponeta. tuvo temores en el momento decisivo y no cumplió su cometido. Resuelto Corona, se presentó en esa población y logró adquirir las llaves del campanario, en donde se hizo fuerte Villanueva. El quedó peleando con la guarnición, que pronto dominó y desarmó, obteniendo además otros muchos elementos, tales como fusiles, parque y bastimentos, todo ello oculto en el hueco tronco de una gigantesca higuera, o camichín. Fue ahí donde se le agregó un buen guerrillero, Luis Alamán con muchos hombres del pueblo, pero solamente con dos fusiles. Entre tanto, les llegaron noticias de que muy pronto tendrían con ellos, llevando mucha gente y elementos de lucha, al patrón don Jesús Gómez Cuervo. Corona resolvió hacer una incursión al Real para incorporar otros hombres, lo que logró regresando el día 18 con ellos. Casi llegaba ya la guerrilla a los cien hombres, todos resueltos, aunque mal armados. Con la ocupación y dominio de Acaponeta y sus alrededores, quedó bien a la vista la gran popularidad del movimiento, y por todo ello y de las necesidades de una buena organización, se procedió a nombrar los jefes, resultando en primer lugar Corona; como Capitán, Villanueva; como Teniente, Francisco Lora, que por fin había regresado con elementos y ya sin temores; como sargento, quedó el valiente Doroteo López. La población celebró todo con alegres serenatas y paseos, designándose las autoridades civiles que sustituyeron a los odiados lozadistas. En la cercana Tuxpan, al tener noticias de aquel afortunado suceso, otro liberal, Domingo Barrón, lo secundó. La corporación se llamaría en lo sucesivo, "LIBRES DEL MONTAJE". La popularidad de don Ramón Corona iba en aumento. Naturalmente que no todo les habría de salir tan bien como hasta ahí; pero en toda campaña militar,

uno de los valores que más entra en juego, es la experiencia y el reconocimiento de las fallas y errores que se cometen. Desgraciadamente, el jefe liberal Lagarma envió al cabecilla Morales para imponer a la ciudad de Acaponeta un préstamo de cinco mil pesos, causando el consiguiente desprestigio y malestar entre los vecinos. Lozada estaba informado de todo y aprovechó la circunstancia. Ante sus amenazas, Corona y sus compañeros decidieron establecerse en el poblado de Concepción, en la línea divisoria con Sinaloa, quedando Barrón al frente pues Corona operaba por la zona de El Huizachal y estaba curándose, además, del paludismo que lo había atacado desde mucho antes. Desgraciadamente Barrón fue sorprendido y casi sin lucha, los reaccionarios hicieron huír en plena derrota a los liberales. Cuando Corona supo en su retiro del Huizachal aquella mala nueva, a pesar de encontrarse enfermo decidió ponerse de inmediato en acción, unido ahora a su tío don Trinidad Corona, reuniendo en su camino a la mayor parte de los dispersos, quienes les dieron la triste noticia de que Doroteo López había sido fusilado por los lozadistas; pero al morir, les dio a todos una lección de heroico valor y de convicciones liberales, exhortando a sus oyentes a respaldar la acción de Corona. Grandes penalidades sufrían los guerrilleros, tanto más cuanto que otra noticia desagradable llegaba a Mazatlán: Se encontraba en poder del General José María Yáñez, quien había secundado el golpe de Estado de Comonfort y se decía que los liberales, bajo el mando del jefe Lagarma, estaban a punto de fracasar en su acción de sitiar el Puerto. Resolvieron Corona y su tío ir a secundar a los sitiadores. Se les dio como cuartel la Isla de la Piedra, bajo el mando del comandante Inda, quien entró en desacuerdos con Corona y lo acusó ante Lagarma. Ante tan embarazosa situación, Villanueva y los Corona decidieron regresar a Jalisco, en vista de que hasta la alimentación de las tropas se les negaba. Así lo hicieron y avanzaron sobre Acaponeta. Esta plaza fue tomada por don Ramón Corona meses después, cuando por enfermedad de Villanueva quedó él definitivamente como único Jefe. En esa ocasión, ya Corona pudo mostrar sus facultades, pues su triunfo se debió a la forma en que con táctica, logró hacer creer al enemigo que se retiraba de Escuinapa.

Pero todas aquellas audacias solamente hacían que Lozada se enfureciera y buscara la revancha a cualquier precio. Y estuvo en peligro de caer en una mortal trampa; pues el dicho Tigre de Alica, valido de que el padrino de don Ramón, don Jesús Gómez Cuervo, se había ya indultado y radicaba en Tepic, lo instó a que escribiera a su protegido ofreciéndole y enviándole el indulto, dando por razones para su aceptación, en primer lugar el mal estado de la salud de Corona; y en el orden político y militar, le comunicaba en tono

por demás pesimista, todas las adversidades que el ejército y el Partido Liberal, habían estado sufriendo en esos últimos días y más que ningunas, las de la intervención de las potencias europeas en la crisis nacional. Se había perdido gran zona del norte de la República, con la derrota de Vidaurri en Ahualulco de los Pinos, de San Luis Potosí, estando también tomada ya Guadalajara por Miramón, quien no se detuvo en esa capital; sino que avanzó inmediatamente hacia el Sur del Estado y el 25 de diciembre derrotó al Ejército Liberal en la famosa batalla de San Joaquín. A las fuerzas de Degollado, también, les había sido infligida la derrota y al Coronel don Jesús Sánchez Román en el Ocotillo, por el propio Lozada. Don Ramón, con toda gallardía, contestó a Gómez Cuervo agradeciéndole su interés paternal por su suerte y manifestándole que sus convicciones, desde en su primera juventud, eran tan vigorosas que ni aun sus propias derrotas ni su mala salud, lo obligarían a desistir de su actitud, basada en las ideas liberales y no en concepto alguno de medro, lucro o preponderancia y fama personal. Le pedía con urgencia que cuidara de su hermanita por si él quedaba en el campo de batalla; y que obtuviera de don Juan A. Aguirre, propietario del Real del Montaje, que suspendiera su juicio respecto de la entrega de las cuentas de su negocio; pues debido a las circunstancias, había puesto en lugar seguro los libros de la contabilidad; y que, en cuanto pudiera, con honradez los pondría en el debido orden y se los remitiría. Por último envió el caballo que montaba y que había sido herido en la última acción, para que una vez curado lo entregara al señor Aguirre, pues era de su propiedad. Aquella actitud, sencilla, entusiasta, llena de patriotismo que advertimos en el jovencito que estaba a las orillas de la laguna de Chapala, estaba ahora, ya maduro con virtudes ciudadanas, en aquel espíritu juvenil y decidido a jugarse su vida en beneficio de su país y al servicio de sus ideas progresistas. Con fundamento en tales poderes, rechazó el indulto y en vista de las pésimas noticias que de todos los rumbos llegaban, decidió salir del Estado e internarse en Sinaloa; pues el enviado de Gómez Cuervo, de palabra, le refirió que estaba ya en las cercanías de Acaponeta el reaccionario Pérez Gómez con una partida como de mil hombres, infantes y de caballería. De Acaponeta deberían seguir hasta Mazatlán, sitiado aún por los liberales. Ya frente al Fuerte, Villanueva, que se encontraba aliviado de sus males, se incorporó y tomó el mando del grupo hasta cuando el día 3 de abril de 1859, se adueñaron del Puerto bajo el mando supremo del General D. Ignacio Pesqueira, con grandes beneficios para la causa liberal, dada la importancia del ejército conservador que ahí quedaba totalmente destruída, y la gran cantidad, diversidad y calidad de los elementos

de guerra, de sustento y de dinero que ahí encontraron. Pero el mayor bien que tal triunfo produjo entre los liberales, fue el de la desbandada y desmoralización de los conservadores por la destrucción tan completa del ejército reaccionario, tan numeroso y prestigiado. Prueba de ello fue que al poco tiempo se recuperaron los otros dos Puertos del Pacífico: Manzanillo y San Blas.

Dadas tan favorables y halagüeñas condiciones, Villanueva y Corona se presentaron ante su Jefe Pesqueira, para anunciarle que conforme a los compromisos establecidos desde que llegaron a Sinaloa, era llegado el tiempo de regresar a Jalisco para cumplir en su Estado natal, con las mismas obligaciones que dejaban ya ampliamente satisfechas en Sinaloa. Pesqueira, noblemente, a pesar de que perdía de hecho magníficos elementos en todos los órdenes, reconoció el derecho de sus compañeros. Y no solamente autorizó el regreso, sino que mandó entregar provisiones de toda índole, para que su vuelta al solar familiar fuera fácil y con éxito. También estuvo de acuerdo en que todos aquellos soldados de su tropa que fueran originarios del Cantón de Tepic, podían incorporárseles y regresar también. De tal manera, procedióse a organizar desde luego el batallón Degollado y un escuadrón de caballería, que quedó bajo las órdenes de don Trinidad Corona, el tío de don Ramón. Otros nayaritas como los jóvenes oficiales Bibiano Dávalos y Pablo Márquez, solicitaron también de Pesqueira que les concediera la incorporación con Villanueva y Corona, lo que obtuvieron desde luego. Como una generosa recompensa a todo el personal, dicho abnegado Jefe Pesqueira ordenó que les diese, el día de su salida, una paga de marcha. Con la mitad de esa cantidad, en lo que estuvieron todos conformes, adquirieron cien fusiles para la próxima campaña y al llegar a La Bayona, a la entrada al territorio jalisciense, eran ya 600 infantes y pasaban de cien los de a caballo. Ahí mismo se incorporaron 100 más de Huajicori, todos indígenas.

Pero Lozada no desmayaba. A poco se supo que ya estaba en Acaponeta Eduviges Ramírez con 200 infantes y cien de caballería, buscando a Corona y a Villanueva rencorosamente. Los liberales, con una moral absoluta, entusiasmados por sus anteriores éxitos y por la fraternal forma en que habían sido tratados en Sinaloa, resueltamente acordaron no esperar a que se les atacara; sino que desde luego fueran ellos sobre Ramírez. Con hábiles movimientos, el asalto fue rápido y fulgurante. Los lozadistas estaban completamente impreparados y fueron sorprendidos en las calles, por donde paseaban, sin ninguna formación militar. Al darse cuenta de la entrada de los liberales, a lo único que atendieron fue a huír, lo que hicieron en completo desorden siendo perseguidos hasta más de

tres leguas del poblado. La mayor parte de los caballos, con su equipo, quedó en poder de Corona, más 50 prisioneros, habiendo quedado muertos en el encuentro 28 soldados y heridos 15, algunos de ellos de los triunfadores. Lozada, que estaba en Tepic, todavía muy poderoso, al tener noticias del fracaso de su expedición, organizó otra nueva columna, más numerosa y mejor armada, por lo cual Villanueva fue destacado hasta Escuinapa en prevención de una sorpresa, habiendo encontrado en esa población al Jefe don Bonifacio Peña con una importante sección militar y ocupando el cargo de Jefe Político del Cantón de Tepic. Dicho Jefe lo recibió con amable hospitalidad. Como el Comandante Peña decidiera designar un Segundo Jefe de los recién llegados, de los cuales por su jerarquía él era el primero, reunió a toda la oficialidad para llevar a cabo la elección. Corona había preparado, según creía, a los oficiales para que votaran por Villanueva; pero Balbino Dávalos, al iniciarse la votación, propuso a Corona. Este fue hasta donde estaba Dávalos para convencerlo de que votara por Villanueva, sin conseguirlo; y como el resultado del sufragio fue favorable a Corona, éste, molesto, pidió que se le diera de baja, pues aquel acto no era justo; ya que el merecedor no era él sino Villanueva. Pero éste, conmovido, fue hasta donde estaba Corona y le explicó que él era el autor de aquella unanimidad y que no se molestara, porque todos lo querían ver como su segundo Jefe, en bien de la Patria. Por fin Corona, conmovido, aceptó el cargo, porque además Villanueva anunció que debido a su avanzada edad y al estado de su salud, había pensado en la primera oportunidad que se presentara sin desdoro para él, retirarse al lado de su familia. El Comandante Peña terminó el acto declarando que Corona había quedado como Segundo Jefe del Cuerpo y que, como conocedor que era don Calixto Peña de cuanto a lo militar se refiere, lo designaba como Mayor de Ordenes, lo que fue aplaudido por todos. Este episodio que pone de relieve la manera de ser de cada uno de los que en él intervinieron, muestra la caballerosidad y fraternidad con que aquellos ciudadanos se trataban, tan de elogiarse. Para que su expedición sobre Tepic, resultara un éxito, se le dotó de piezas de artillería. En Santiago Ixcuintla se le agregaron muchos voluntarios con los que se formó desde luego el Primer Batallón ligero de Tepic, y una Compañía de Caballería. El enemigo se había retirado hasta dicha plaza. Ya en sus cercanías, de improviso se ven atacados por una poderosa fuerza que se encontraba escondida en la lomería y estuvieron a punto de ser derrotados, pues la avanzada se había adelantado demasiado y el grueso del ejército estaba lejano, y más todavía las piezas de artillería. Pero la serenidad de los Jefes Peña y Coronado salvó la situación por las

hábiles maniobras que ordenaron y por su intervención personal en el combate; que alentaba mucho a los soldados por el ejemplo de valentía que les daban. Pero el Jefe Peña pagó con la vida su valor, pues entre tanto Corona iba por fuerzas de auxilio, él quedó combatiendo. Cuando Corona volvió, solamente encontró al Jefe moribundo, pues sus soldados iban tras del enemigo que ya había sido dominado. Corona bajó muy impresionado de su caballo, para ir a estrechar la mano de Peña, que moría víctima de cuatro balazos que recibió en el pecho; pero encareciendo a Corona y a los que con él acababan de llegar, que no desmayaran en la defensa de sus ideales. Corona ordenó llevar al moribundo a lugar seguro y que se levantara una tienda de campaña en la cual lo instalarían. Y encareció a los que ahía se encontraban que ocultaran tan infausta noticia, pues de saberla los soldados, podría producirse desaliento y tal vez el pánico. Entre tanto, el enemigo completamente derrotado había ya abandonado a Tepic. Una multitud salió a recibir a los triunfadores enmedio de grandes entusiasmos. Ya con la seguridad de que no habría desaliento, sino pesar y tristeza, se hizo entrar el cadáver del Jefe Peña, al que se le hicieron los honores correspondientes a un héroe, como lo fue.

Corona era ya el Jefe. Terminados los actos funerales en honor de Peña, Corona, en vista de las noticias de que Lozada volvía sobre la ciudad, salió para hacer un reconocimiento del terreno y para preparar lo mejor posible su defensa, fortificándola. Días más tarde, cuando ya Lozada verificaba asaltos contínuos, Corona hizo una salida al frente de un buen grupo con tan buena suerte, que el enemigo fue rechazado y se le quitó una pieza de artillería. La retirada de Lozada en esta ocasión, fue ruda y larga, pero costosa no solamente para él sino también para los liberales. Como Lozada había saqueado casas particulares y del comercio; y como en su huída todo lo abandonó, Corona ordenó la devolución del botín a sus legítimos dueños, lo que lo hizo aún más popular y famoso, haciendo que toda la población cooperase con él para la defensa y para atacar a Lozada. Pero a los pocos días llegaron noticias fidedignas de que el General reaccionario Leonardo Márquez se acercaba con una potente fuerza, que regresaba de las matanzas sangrientas e inhumanas que había hecho en Tacubaya. También Lozada, alentado por estas noticias, volvió con los restos de sus tropas.

En vista de todo ello, Corona decidió abandonar provisionalmente Tepic. Ya en las afueras, encontraron al llamado Tigre de Alica, trabándose con sus gentes reñido combate, y viéndose además atacado por fuerzas sinaloenses que llegaban con su Jefe el coronel Valenzuela, quien reforzó a Corona, obligando al enemigo a reple-

garse. Los liberales continuaron su marcha hacia Ixcuintla, a donde llegaron penosamente por las torrenciales lluvias que se registraron. Afortunadamente, el comando reaccionario necesitó en Guadalajara de la presencia de las tropas que mandaba Leonardo Márquez y se le ordenó que regresara. Después de algunos incidentes de poca importancia militar, que retardaron las operaciones, Corona decidió marchar sobre Tepic. El día 6 de octubre de 1859 se presentó ante esa plaza. Al día siguiente el enemigo hizo una salida, pero fue derrotado por el Batallón Degollado, que mandaba el tío de don Ramón, don Trinidad. Al día siguiente, hecho el estudio del caso, Corona ordenó el asalto. Del lado enemigo, eran los jefes Lozada y Moreno, que pronto fueron destruídos, escapando solamente Moreno con unos cuantos; pero Lozada salvó la mayor parte de su gente. Fue en esta ocasión cuando el Gobernador de Jalisco, Lic. D. Pedro Ogazón, ascendió al señor Corona al grado de Coronel. Habiéndoselo comunicado, tomó el mando y se estableció en lugar distante, a la Hacienda de San Leonel, para evitar fricciones con el Comandante Valenzuela, que se había molestado. Lozada se dio cuenta de tales diferencias y atacó a Valenzuela sorpresivamente destrozándolo por completo y cayendo los jefes y oficiales en su poder e inmediatamente los fusiló.

El núcleo quedó reducido a 90 hombres. Por fortuna llegó a esa ocasión el guerrillero don Antonio Rojas con su Brigada que constaba de 1,500 hombres. Venía para hacer invitación del Gobierno de Jalisco a Coronado, gobernador entonces de Sinaloa, buen liberal y mejor guerrillero, con el objeto de que pasara con todas sus fuerzas hasta Guadalajara, al mismo tiempo que otras tropas numerosas liberales hacían igual maniobra. Coronado se limitó a ordenar a Rojas que regresara y que ya él buscaría la forma y el momento de acudir a Jalisco; pero en vez de hacerlo así, regresó a Sinaloa y trató mal a la población de Tepic, al grado de que la opinión pública, tan favorable hasta entonces para los constitucionalistas, cambió casi radicalmente, estorbando los trabajos de don Ramón Corona para reorganizar la diezmada tropa a sus órdenes. Así las cosas, Lozada se presentó para atacar; pero sabedor Coronado de que no contaba más que con una turba de indígenas mal armados, confió en ello y desatendió la organización de la defensa. Como el ataque fue a las tres de la tarde, la mayor parte de los soldados se encontraban bañándose en el río y ahí los sorprendió Lozada. La pelea se desarrolló tan desordenadamente, que el propio Coronado lo hacía con un sentido de pelea personal, imitándolo los otros jefes subalternos y la tropa en un desorden completo. Al caer la tarde la caballería estaba dominada y los dos batallones destrozados por completo. No

se contaba ya más que con las guarniciones del centro de la ciudad. Coronado fue herido en una pierna. Esta fue la ocasión en que produjo aquella frase que lo ha inmortalizado: "Mi pierna le hará falta al General Coronado... pero mi tiempo le hará falta a la Patria"... En seguida ordenó que se llevara a cabo la amputación, que le fue fatal; pues falleció a las 10 de la noche de ese día. Quedó en su lugar el Coronel Cordero, del cual se sospechaba que estaba en relaciones obscuras con la reacción y que por eso mismo, presentaba obstáculos para la buena marcha de la defensa. Tras de numerosos incidentes, algunos de ellos verdaderamente lamentables y vergonzosos, tales como el hábito de la embriaguez de Cordero; reducía la defensa a una mínima parte de la población, propuso el dicho Cordero la capitulación. Se deliberó en una junta y aunque en ella Corona volvió a dar sus razonables argumentos de que era una villanía capitular ante un bandolero como era Lozada, no fue escuchado y se firmó la capitulación. Don Ramón Corona supo cómo ocultar mucho armamento que llevó consigo, pues en los términos de la capitulación, podrían retirarse desarmados con su gente los distintos jefes. Corona tomó el rumbo de Guajicori en donde se le quería mucho y ahí se presentaron numerosos indígenas voluntarios que armó en seguida.

Un comisionado del Gobierno de Sinaloa llegó con el encargo de aprehender a Cordero, pues seguramente habían llegado a Culiacán informes de la forma de actuar de dicho Jefe, que poco después era fusilado por instrucciones precisas por el General D. Juan Guerrero. Don Ramón continuó su camino hasta llegar a Mazatlán, en donde fue ayudado por el Gobernador don Plácido Vega, para reorganizar tanto el Batallón Degollado como la Sección de Tepic, designándoseles como cuartel El Rosario. Lozada no permanecía inactivo. Se preparaba para incursionar en Sinaloa, pero el General D. Antonio Rosales fue designado para esperar al invasor en Escuinapa, con instrucciones precisas de obrar de acuerdo con don Ramón Corona. Cuando éste recibió informes de que el enemigo se le aproximaba con más de dos mil quinientos hombres, resolvió trasladarse hasta Escuinapa y reunirse a Rosales, para así aumentar el total de sus contingentes y hacerle frente al Tuerto. Y así sucedió; pues cuando los dos jefes se preparaban para hacer una retirada en dirección del Puerto, Lozada los atacó rudamente. Cuando ya los tenía casi aniquilados, apareció Corona y después de una brillante arenga, se puso al frente de los soldados y salió a combatir seguido por ellos, logrando ponerse fuera del alcance de Lozada. Igualmente Rosales, rompió el cerco y caminó en dirección de Mazatlán. En El Rosario se reunieron y juntos cooperaron para que Villanue-

va organizara con los indígenas de la sierra un nuevo grupo. Entre tanto, los liberales obtenían éxitos en otros lugares, como los de Colima, La Coronilla, Peñuelas y Lomas Altas, en los que figuraron Uraga, don Jesús González Ortega y Rojas en la Barranca Blanca, en donde tuvo un encuentro personal con Lozada, dejándolo gravemente herido. El triunfador siguió su ruta ordenada, para dejarle el camino sin peligros a la división de Sinaloa que debía marchar a Guadalajara para atacarla, lo que lograron el 24 de mayo de 1860, con los lamentables resultados de haber quedado muertos en la acción, los jefes Villanueva, don Antonio Bravo y Uraga, quedando gravemente herido don Miguel Contreras Medellín, que se iniciaba en las luchas armadas. El Gral. don Ignacio Zaragoza, que iba también entre los atacantes, asumió el mando y logró moralizar al ejército, que con la pérdida de los jefes, había decaído desertándose muchos soldados.

Para entonces, ya se designaba a las fuerzas que mandaba don Ramón Corona, como "EJERCITO DE OCCIDENTE", que por fortuna no alcanzó a llegar al desastre de Guadalajara, pues iba en el Plan de Barrancas. Al saber la derrota, cambió el rumbo siguiendo por Ahualulco y llegando a Cocula, en donde Corona escapó de morir en un accidente, al estallar una de las piezas de artillería mal cargada, que mató a varios músicos y soldados que se encontraban cerca en el momento en que se solemnizaba la llegada de los liberales.

En Sayula Corona se presentó a don Pedro Ogazón, Gobernador de Jalisco a quien dio cuenta de la fraternal ayuda de los sinaloenses, principalmente del Gobernador de aquel Estado don Plácido Vega, que iba con ellos; lo que Ogazón agradeció muy cortesmente, ordenando a Corona que siguiera a las órdenes de Vega entre tanto no se dispusiera otra cosa.

Como Miramón había salido ya después del triunfo, dejando Guadalajara para ir a Sayula, se ordenó fortificar y defender la Cuesta. Miramón no los atacó; sino que al darse cuenta de la forma tan efectiva en que se defendían, retrocedió. Zaragoza marchó entonces rumbo al Norte y llegó a Acatlán de Juárez sin encontrar al enemigo, por lo cual continuó su marcha hasta el Puente Tolotlán, alarmando con ello a la guarnición de Guadalajara; pero hábilmente decidió perseguir a Miramón, quien al huír de Zaragoza, no hizo más que caer en Silao donde fue destrozado bajo el fuego mortífero de González Ortega, acción que levantó el ánimo de los liberales en toda la nación y dejó el paso libre para atacar a Guadalajara.

Ogazón salió hacia el Sur y la Sección de Tepic guarneció a Zacoalco; pero fue hasta el 2 de noviembre cuando la capital jalis-

ciense fue abandonada por los conservadores. En los numerosos y teribles combates que antecedieron a tal acontecimiento, la Sección de Tepic se condujo como en anteriores batallas, mereciendo el aplauso de los jefes. La caída de tan importante ciudad se debió al plan inteligente y sagaz de don Manuel Doblado y quien les inflingió tremenda derrota en las Lomas de Calderón. La dirección de las operaciones militares por don Ignacio Zaragoza, y triunfante Corona con su Sección de Tepic, recibió instrucciones de regresar a esa ciudad, pues se encontraba en poder de Lozada. Cuando estaba ya en Ixtlán le informaron que uno de los cabecillas derrotados en Guadalajara, Nicolás Gómez, cometía en los poblados cercanos toda clase de crímenes y abusos, por lo que de inmediato organizó sus tropas y fue a perseguirlo, encontrándolo en el punto llamado Picachos, donde pereció el rebelde conservador y quedó desbaratada la gavilla de maleantes que en realidad eran sus hombres. Pronto se reunió Ogazón con Corona y juntos atacaron a Tepic y lo tomaron sin mayores obstáculos. Por todas partes empezaron a rendirse las fuerzas reaccionarias, tanto en Jalisco como en Tepic, Sinaloa y Colima. Solamente el Tigre de Alica seguía ahora oculto en las sierras de su tribu. Para perseguirlo fue designado don Ramón Corona, quien desde luego se organizó debidamente y formó su plan de campaña, que fue demorado unos días por Anacleto Herrera y Cairo en el Paso del Huichol y era necesario que se repusiera. Ya en plenas operaciones, Rojas debía atacar de frente la entrada a la Sierra de Alica y Herrera y Cairo volvería ya reforzado por el mismo lugar en que lo rechazaron y que dominó al fin por completo. Corona logró ascender a las alturas de la sierra, pero el enemigo se multiplicaba y la situación cada vez aparecía más indecisa, a pesar de los triunfos que se obtenían. En los días 9 y 10 de marzo de 1861, se decidió por fin el éxito de los liberales, habiéndose distinguido en los encuentros Herrera y Cairo, Rojas, Balbino Dávalos y Cuervo. Pero Lozada, a poco tiempo, amenazó de nuevo a Tepic, por lo que Corona se dispuso a la defensa, triunfó otra vez más de su implacable enemigo en el Puente de Bella Vista, y salvó del grave peligro, haciendo huír al enemigo en plena desbandada. Don Ramón planeaba después de este hecho, perseguir hasta acabarlo a Lozada; pero le fue ordenado que se reconcentrara en Tepic y así lo hizo. Cada vez aumentaba el prestigio y la popularidad de Corona, pues era raro el combate en que no intervenía, después de organizar a su gente, él mismo a caballo como había hecho últimamente en el Puente de Bellavista, donde al frente de su gente perdió el caballo que quedó muerto; y él

a pie, continuó combatiendo, espada en mano y arengando a los soldados que lo seguían entusiasmados.

En noviembre de 1861, el día 20, previos los arreglos y convenios concertados, el Gobierno de Jalisco acudió en auxilio de Tepic, pues ya para entonces, el bandolero Lozada había vuelto a sus asaltos a los poblados, cometiendo mil fechorías y horrores. En las escaramuzas de esta nueva fase de las luchas, había quedado muerto uno de sus principales secuaces, Eduwiges Ramírez, en la derrota que les inflingió el coronel don Isidro Hernández. Ogazón llevaba como Segundo Jefe a Rojas. En dos días quedó formado el plan de ataque a la sierra, concentrándose cinco mil hombres. Para evitar divisiones de carácter pasional, Ogazón llamó a los coroneles Corona y Ornelas, para que de común acuerdo designasen a uno de ellos, que fuera el comandante de la expedición. Ornelas dijo que eso debería irse alternando, conforme conviniera a las operaciones; pero Corona le objetó que dividir o alternar el mando de un ejército, es preparar su fracaso; que por lo mismo él pedía que Ornelas fuera el designado tanto más que era del colegio militar y él de las Guardias Nacionales solamente. Ogazón nombró a Ornelas, con el encargo de que marcharan en armonía. Otra vez Corona daba el ejemplo de la inteligencia y el desinterés patriótico. Cuando se iniciaba la operación, al llegar en la primera jornada a La Fortuna, Ornelas recibió orden de regresar y entregar el mando a Corona, a quien se incorporarían los coroneles Mendoza y Solís con los batallones Morelos y Rifleros. En Santiago esperaron el batallón de Los Pueblos Unidos mandado por don José M. Gutiérrez. A mediados de diciembre se inició la marcha, con la fuerza de don Isidoro Hernández en la avanzada y con el batallón Libres de Santiago. Otros jefes fueron designados con sus incorporaciones en los flancos. El 24 del mismo mes, aparecieron impidiendo el paso numerosas partidas de indígenas, pero se logró desbandarlas. Como faltaran las provisiones y no les fueran enviadas por la superioridad, Corona arengó al batallón Degollado para que permitiera se dispusiera de algunas de las muchas mulas de su impedimenta para comer su carne, lo que alivió la dureza de la circunstancia apremiante de la carencia de víveres. Dos días más tarde se apoderan del fuerte Los Otates, lo que aviva el entusiasmo de las tropas, y que permite alcanzar otro triunfo al tomar por asalto el fuerte de Toro Macho, en donde quedó derrotado el enemigo, pero a alto costo. Lozada se dirije al comandante Topete poniendo indultarse; pero es desechada su solicitud. La acción de Toro Macho permitió a los liberales ampliar la expedición hasta encontrar al enemigo y hacerse de víveres urgentemente. Pronto en-

contraron algunas reses y al tomar los ranchos de San Pablo, mucho maíz que ahí tenían almacenado. En Aguacapán es de nuevo castigado Lozada en reñido combate. Al llegar al Paso de las Golondrinas, las tres columnas expedicionarias se reunen. Ya unidas, por iniciativa de Rojas, se empeñan en una infructuosa persecución mientras que unas partidas sueltas enemigas, se adueñan de los víveres que de Tepic eran enviados por el Gobernador.

Habiendo llegado noticias al campamento de las maniobras de los conservadores en Europa y sobre la convención de Londres, Ogazón se vio precisado a ordenar una reconcentración en Tepic, a donde se dirigieron las tres columnas expedicionarias, regresando él inmediatamente a Guadalajara. Posteriormente Tepic fue abandonado, quedando en él solamente una guarnición al mando de don Plácido Vega. Entre las medidas aceptadas por el Partido Liberal, dada la magnitud de los acuerdos de la alianza tripartita de España, Inglaterra y Francia para intervenir en México, se encuentran los Tratados de Pochotitlán, conforme a los cuales, se disolvían las fuerzas de Lozada y sus componentes, como particulares, quedaban a disposición del Supremo Gobierno para la defensa del país. Se derogaron leyes, decretos y otras disposiciones que ordenaran la persecusión de Lozada y sus secuaces y todos ellos quedaban garantizados y en posesión de sus bienes sin que nadie pudiera molestarlos. Lozada aprobó los convenios, así como Ogazón y solamente quedó en Tepic don Plácido Vega, como decimos, con una guarnición de tropas federales. Muy pronto se anunció la visita de Lozada a la ciudad y el recibimiento que le hicieron los vecinos acomodados, fue fastuoso. Vega lo llevó a presentar a todos los cuarteles en donde los oradores reaccionarios lo ponían como ejemplo de todas las virtudes ciudadanas. Afortunadamente para la historia personal de nuestro héroe jalisciense don Ramón Corona, su cuartel no se incluyó en tales demostraciones, falsas e innecesarias; pues en todos estaba la seguridad de que pronto se empezarían a repetir las inmoralidades, las crueldades, los abusos de que tanto se habían quejado cuantos ahora parecía que se conformaban con aquellos bandoleros. Y eso pasaría como luego se comprobó en todo el país. Don Melchor Ocampo primero; en seguida Leandro Valle y luego don Santos Degollado, fueron inmolados por la reacción en el mes de junio. En nuestro Occidente Mexicano, donde toda la época de las luchas por la Reforma y la Federación habían sido tan candentes, el espectáculo era dramático; pues la mayor parte de los soldados y jefes, de los funcionarios públicos, se habían formado en ese hirviente crisol de la guerra civil.

El 25 de julio de ese mismo año, se verificaron las elecciones

para la renovación de los Poderes en Jalisco, resultando electo como Gobernador, el Sr. Lic. don Pedro Ogazón e insaculados D. Ignacio Luis Vallarta, don Gregorio Dávila y D. Gabino Gutiérrez. Al poco tiempo surgió un conflicto entre el Ejecutivo y el Congreso del Estado, que llevó las cosas hasta una situación en la que Ogazón decretó el estado de sitio de la ciudad y se adjudicó el uso de facultades extraordinarias en lo concerniente a la legislación y al Poder Judicial. Todo se originó por el descontento de Ogazón al aprobar el Congreso la ley del 31 de diciembre de 1861, en la cual se establecía la libertad municipal y su independencia absoluta, tanto en el orden administrativo de los recursos de los ayuntamientos, como en todo su radio de acción pública, imitando a los Estados Unidos del Norte. Pero no solamente en ese ramo legisló el Congreso; sino que al día siguiente, es decir el 14, aprobó la nueva Ley de Hacienda, estableciendo en trescientos mil pesos el Presupuesto de ingresos del Estado. Sistematizaba las contribuciones directas y suprimía las alcabalas y aduanas interiores, cumpliendo con lo mandado en la Constitución Nacional de 1857. En otro decreto del mismo día 14, bajo el número 40, restableció dicho Congreso las Juntas Cantonales, admirable herencia dejada por el señor don Prisciliano Sánchez y que significaban el adecuado engranaje para una buena y popular organización federal; pues la falta de esas Juntas Cantonales, dejaba a los Municipios alejados del Ejecutivo y de los otros Poderes del Estado. El señor Vallarta, que estaba como Gobernador Interino por encontrarse Ogazón en Tepic, publicó solamente las Leyes de Libertad Municipal y de las Juntas Cantonales el 31 de diciembre de ese año, no haciéndolo con la de Hacienda, que remitió al señor Ogazón. En vista de la omisión, el Congreso mandó imprimir quinientos ejemplares de los tres decretos dichos y los repartió en la ciudad. Grande entusiasmo produjeron en la opinión pública de todo el Estado tales leyes y hasta fueron leídas en fiesta con música en muchos Municipios. Continuó el Congreso en plena actividad; y el día 6 de enero del año de 1862, aprobó la Ley de Enseñanza, que según los críticos de aquellos tiempos, fue un modelo por su sentido liberal y popular. El 10 del mismo mes de enero, en vista de que tampoco se publicaba por el Gobernador, le mandó el Congreso un ejemplar impreso, siendo contestado con un oficio urgente en el que Vallarta pedía al Congreso autorización para suspender la publicación y llevarlo a consulta a su Consejo. El día 13 negó el Congreso la autorización; y el 17, ante el mismo Poder, Vallarta renunció al cargo de Gobernador Interino para no publicar las leyes, porque las juzgaba anticonstitucionales de acuerdo con el dictamen de la mayoría del Consejo. La

de Vallarta, por no haberla publicado, quedaba en pie, según la opinión de la mayoría del Consejo, ya que la parte relativa de la Constitución era clara y terminante al respecto y que era esta: "Aprobada una Ley, se comunicará luego al Gobierno, quien sin más requisito la mandará publicar". Volvió Ogazón a Tepic, pero no publicó las leyes, sino que después de ocho días pidió licencia de nuevo, y al cuarto a petición suya que llevó un enviado especial a México, allá se decretó el estado de sitio en Jalisco y se dieron facultades omnímodas al Ejecutivo, dando como razón el estado de guerra con el extranjero. El señor don José María Vigil, en la obra llamada "ENSAYO HISTORICO DEL EJERCITO DE OCCIDENTE", dice que... "La reacción creciente, contando con dos firmes apoyos en Mascota y en Tepic; el desconcierto en la Administración Pública, la discordia en el Partido Liberal; suspensa la sombra del orden constitucional que había existido por unos cuantos meses y el desconcierto en todas las clases, todo esto era más que suficiente para esterilizar los grandes elementos del Estado de Jalisco en la guerra extranjera, que pronto se extendería como incendio devastador en todo el territorio de la República".

Así fue en efecto. Sin embargo, don Ramón Corona, leal al gobierno nacional y al del Estado, respetando el Tratado de Pochotitlán, de que ya hablamos, hizo públicas estas ideas, el 6 de febrero, en Tepic.

"La Ley de amnistía abrió las puertas a nuestros hermanos descarriados, para que dieran prueba de que, aunque enemigos de un sistema político, en nada desmentían sus sentimientos patrióticos. Con la presencia del enemigo extranjero, que insulta a nuestra Patria, no he podido menos que reconciliarme con los que antes traté como enemigos de mis convicciones políticas... Las fuerzas de Lozada, Rivas, García de la Cadena, han escuchado la voz de la razón y antes de distraer por más tiempo nuestra atención, han firmado los tratados de que vosotros estáis bien informados. Este proceder los ha puesto bajo la protección de nuestras leyes, rehabilitándose ante nosotros mismos; por mi parte, yo os aseguro que mientras sean respetados los artículos de los convenios que bajo cuya buena fe se trataron, no seré quien cause un rompimiento que nos envuelva en otra época de agitación, sino que antes al contrario, trabajaré cuanto me sea posible para concluír de raíz cualquiera rencilla que se abrigue".

Como de todas maneras, el hecho de que Corona permaneciera en Tepic con sus fuerzas podría provocar contra su vonlutad un incidente con Lozada y los reaccionarios, el Gobierno le ordenó que pasara a Mascota y se encargara de la campaña contra Tovar, se-

cundando con sus planes al general D. Manuel Márquez; y al efecto salió el 28 de febrero a cumplir su misión, pasando por el Cantón de Autlán, donde se sabía que merodeaba Tovar. Ya para el 8 de abril, la campaña había logrado derrotar a éste en Talpa, regresando Corona a Tepic. Desde ahí solicitó del Gobierno de Jalisco que le permitiera separar mil hombres seleccionados de sus fuerzas, para formar dos batallones y alistarlos para marchar al encuentro del invasor extranjero, que había ya roto los Tratados de la Soledad, haciendo que el ejército francés avanzara sobre México declarando la guerra luego. Corona fue autorizado inmediatamente de acuerdo con el Gobierno de Sinaloa, que guarnecería a Tepic. Don Plácido Vega secundó las ideas de Corona y le ofreció agregar una brigada de Sinaloa a sus fuerzas. Para completar su organización, realizó Corona un viaje a Mazatlán, volviendo pronto a Acaponeta donde dio instrucciones al coronel Gutiérrez para que con doscientos cincuenta hombres del Batallón "Pueblos Unidos", se incorporara al pasar por Santiago, al coronel Hernández.

El hipócrita Lozada, que para nada había reducido su odio contra Corona ni su deseo de venganza, no esperaba sino la mejor ocasión para hacerlo. Pero Corona sólo pensaba en marchar a Puebla. Cuando en una ocasión Corona iba con una reducida escolta para Santiago, ya rumbo a Tepic, el vecindario le ofrecía que se quedara, pues le tenían preparada una fiesta en su honor; pero don Ramón conocía al Tigre de Alica y tenía algunos indicios de que estaba preparando algunos soldados para atacarlo, por lo que renunció cortésmente la invitación y continuó su camino sin detenerse más tiempo. Después, burló otras acechanzas de su mortal enemigo y por fin, ya en Ahuacatlán, él solo, pidió una escolta al coronel D. Trinidad Ramírez y le ordenó que preparara doscientos hombres más para que los agregara a toda la División que pasaría en pocos días por ahí rumbo a Guadalajara, a donde él continuó su marcha. Ogazón se mostró muy bien dispuesto para cuanto se necesitara en bien de una correcta preparación de las fuerzas y ofreció agregar una brigada más con el Batallón "Mina" al mando del coronel Montenegro y con el contingente de Colima, de caballería, que traería el coronel don Urbano Gómez. Terminaba el mes de mayo. El general D. Ignacio Zaragoza se había cubierto de gloria derrotando el día 5 en Puebla al ejército francés. Pero era urgente que Jalisco estuviera ya representado por sus hijos en la defensa de la capital, a donde avanzaba ya el enemigo. Al efecto, Corona que había regresado a Ahuacatlán para ponerse ya con todos sus efectivos en condiciones de seguir al centro del país, se dispuso para ello marchando a la vanguardia, con una escolta de cuarenta

hombres bien montados, bajo el mando del teniente Angel Martínez y seguido también por su Estado Mayor y por algunos pasajeros que pidieron los dejaran ir ahí para su mejor seguridad. Al llegar al punto llamado El Marquesado, ya en las cercanías de los despeñaderos formados por las lavas del Ceboruco, se empezaron a ver muchos lozadeños que aparentaban cuidar sus ganados. Era la mañana del 30 de mayo. La comitiva se detuvo un corto tiempo para tomar alimentos antes de seguir su camino. Ya casi para pasar los difíciles estrechos que forman los peñazcales volcánicos, se oyó una nutrida descarga sobre la vanguardia. Una carta histórica que se publicó después en uno de los periódicos de Guadalajara, refiere al respecto y de este modo, aquel episodio que pone de relieve el carácter traicionero de Lozada. He aquí la carta:

"El Ceboruco es un cañón bastante largo y de cinco varas de ancho; por uno y otro lado está cubierto por montones de piedra algo elevados. En estos montones estaba colocada gran parte de la infantería, cubierta con ellos mismos. En la extremidad del cañón, rumbo a Tepic, hace una curvatura y en ese punto colocó el enemigo una trinchera de piedra que nos obstruía el paso, colocando en ella una fuerza. La retaguardia nos la cubría una fuerza de caballería que debe haber estado emboscada en algún punto inmediato, de manera que fuímos sitiados completamente y sin ningún medio de salvación. Habríamos perecido indudablemente, porque en tan crítica posición y siendo batidos por una fuerza como de doscientos hombres, nada podíamos hacer. El enemigo creía haber logrado su objetivo; pero gracias a un heroico esfuerzo de los que acompañábamos a Corona, rompimos el sitio y quedamos a salvo".

Quince hombres de la escolta de Corona perecieron en esta celada del traidor Lozada y herido el capitán don Carlos Pintado. Don Ramón Corona, que procuraba proteger a los suyos en el paso del Río, que se iban quedando rezagados, recibió un balazo en la cabeza. De pronto todos creían que la herida era muy grave, hasta el propio don Ramón; pero luego se dieron cuenta de que no lo era. Ordenóle luego a don Angel Martínez que sostuviera el fuego en la retaguardia mientras que él, avanzando, se ponía a salvo y podría atender su herida, lo que solamente pudo lograr caminando todo el día y buena parte de la noche, en que llegaron al Conchal, rancho situado en las inmediaciones de Compostela, donde se informó por algunos amigos de aquella situación tan violenta que guardaban. Los indígenas estuvieron vejando a cuanto vecino encontraban y hasta hirieron a algunos. Corona, tomando sólo en cuenta los intereses nacionales, sin preocuparse por su herida, siguió su camino por la vía de la Costa de Chila y caminó todo el día

hasta una ranchería en donde encontró al capitán don José Patrón, quien le dio hospitalidad y procuró prevenir todo nuevo ataque y desmanes de algunos de los lozadeños de la región. Patrón se había dado de baja inconforme con los tratados de Pochotitlán, pues era enemigo de Lozada. Ofreció pronto a Corona que al día siguiente, cuando volviera un correo que había enviado a Acaponeta, iría a unírseles también él para acompañarlos a combatir a los franceses. Al llegar Patrón como había ofrecido, les informó que Lozada acababa de estar en su rancho y que urgía un rápido avance para salvarse de él y de García de la Cadena, quien también estaba oculto esperando en el camino a Corona. Así llegaron a toda marcha hasta Santa Cruz, en donde otro subalterno de Corona vivía, don Toribio Ayala, el cual inmediatamente se le agregó con otros rancheros antilozadistas. Para el 2 de julio ya estaban a salvo, sin dejar de sortear peligros y dificultades. En Jalcocotán, encontraron algunos soldados a quienes mandaba don José María Montaño. Creyeron que eran enemigos, pero todo se aclaró afortunadamente, sabiéndose además que la sublevación de Lozada era ya un hecho y que estaba en esos momentos combatiendo con la guarnición de Tepic, teniéndola casi derrotada. Todo aquello influyó en el ánimo del patriota Corona, quien resolvió que, en vista de la gravedad de los acontecimientos locales, lo procedente era quedarse para combatir a los triadores y aplazar su participación en la defensa del territorio nacional para cuando fuera dominado el Tuerto Lozada, quien se presentaba más cruel y sanguinario que nunca y con un descaro inaudito se proclamaba el defensor de su pueblo.

El día 1o. de junio de 1862, Lozada se pronunció contra el Gobierno, con un plan que se reducía a estos dos puntos:

"Se declara insubsistente el tratado celebrado a 1o. de febrero de 1862 con el Sr. Gobernador D. Pedro Ogazón".

"El Territorio no reconoce más jefe político que el nombrado por el general en jefe de esta división don Manuel Lozada".

Claro que bajo el aspecto sencillo y breve del manifiesto, se advierte que, aun cuando sólo hace referencias al territorio de Tepic, el pronunciamiento de las tropas lozadeñas era de carácter nacional, de parte de la intromisión extranjera. Rápidamente marchó el rebelde traidor sobre la ciudad de Tepic, guarnecida por el Batallón Degollado, mandado por el coronel Bibiano Dávalos, quien salió a recibirlo a la Loma de la Cruz, en donde ya estaba posesionado el enemigo. La acción tuvo peripecias reveladoras de que muchos de los soldados de otros pueblos y corporaciones, habían aumentado las de Lozada; pues a pesar de que Dávalos había sido reforzado por el Segundo Batallón de Sinaloa, que mandaba el co-

ronel Toledo, fueron derrotados, cayendo en poder de Lozada numerosos prisioneros que eran de inmediato pasados por las armas, principalmente los vecinos de la ciudad que se habían dado de alta recientemente.

El general Corona se encontraba en Jalcocotán, como hemos dicho anteriormente, y fue informado por los fugitivos que iban llegando a su cuartel. Desde luego decidió marchar al campo de batalla y así lo hizo y salió rumbo a Ixcuintla para burlar al enemigo, pasando en la noche por los llanos de La Soledad donde se le reunieron otros fugitivos más, llegando a Santiago el día 3. Convocó a la Guardia Nacional de acuerdo con el coronel Isidoro Hernández y ordenó la concentración de los cien dragones que estaban en el campo. No obstante el reducido número de los hombres disponibles y de las resistencias del hacendado Aldaco, quien tenía armados cien hombres de acuerdo con el Gobierno; pero que en realidad era su enemigo, le ordenó que explorara el camino hasta unas diez leguas y que ejerciera una vigilancia en Navarrete para estar bien enterados de los movimientos de Lozada. El encuentro tuvo por fin lugar el día 7, con fuerzas de García de la Cadena y secundado por el traidor Aldaco, a quien luego se le decomisaron sus bienes y se agregó su tropa a la del gobierno, siendo destituído y castigado, habiendo terminado la escaramuza con el triunfo de Corona. El 28 de julio citó a una Junta de Jefes y Oficiales para informarles de los arreglos con el Gobernador Plácido Vega respecto de su ayuda mensual para el sostenimiento de la campaña, a cambio del resguardo de la frontera con Sinaloa. En la junta se le pidió a Corona que avanzara sobre Tepic, como lo acordó y el día 30 se inició la marcha pasando el río los mil hombres de caballería que efectuarían la operación. Después de algunas peripecias, se encuentran con García de la Cadena quien secundado por numerosos indígenas de Alica, acomete con furia, pero desordenadamente. Aprovecha tal circunstancia. Corona haciéndolos huír e inflinge la derrota. Por lo que pudo averiguarse, era verdad lo que decía de Aldaco, comprobándose que era un traidor, que se encontraba ya desde mucho antes en espera de los liberales para combatirlos. En vista de ello, Corona vuelve a Santiago en donde encontró que un oficial estaba en comunicación con Lozada, por lo cual lo mandó enjuiciar siendo condenado al fusilamiento. El 4 de agosto, como resultado de operaciones anteriores, don Ramón se adueñó del Puerto de San Blas. Ya para fines del mes el número de sus soldados era tal, que decidió elevar la corporación al rango de "Brigada de Tepic", dando cuenta a sus superiores, quienes lo aprobaron. A mediados del mes, en vista de que el territorio bajo su mando se

encontraba en paz y de que ya no convenía mantenerlo en estado de sitio, publicó unas disposiciones notables por el espíritu público que revelan en aquel caudillo demócrata y republicano, con las cuales dejó demostrado su anhelo liberal, restituyendo la vigencia de la Constitución de 1857.

El señor Ogazón, Gobernador de Jalisco, aprobó y elogió la determinación del señor coronel Corona. Siguió a todo esto, tanto en nuestra región occidental como en todo el país, una temporada de optimismo y de tranquilidad, fortalecida por el triunfo de las armas nacionales contra las francesas el 5 de mayo en la batalla de Puebla. Salvo las dificultades personales que don Antonio Rojas tuvo con el general Uraga, enviado a Colima por el Gobierno de la República y para formar la División del Centro, todo parecía ser favorable. Corona hizo un viaje a Mazatlán para reafirmar la ayuda que el Gobierno de Sinaloa le daba para coadyuvar en la vigilancia de los límites con Jalisco. A su regreso arganizó una nueva ofensiva sobre Tepic, plaza que ocupó después de cuatro horas de intenso combate. Pero la pérdida de muchos soldados y algunos jefes y la circunstancia de que parte de la caballería se había embriagado con el triunfo, hicieron que Corona ordenara el regreso a Santiago, destacando parte de su fuerza para adueñarse de Compostela, lo que verificó, aun cuando tuvo que retroceder porque el enemigo logró rehacerse rápidamente. Guadalajara estuvo en esos días en peligro de ser tomada por los reaccionarios. Gracias a la actividad y valor del Gobernador Ogazón, logró salvarla. Después el Gobierno Federal designó como Comandante Militar y Gobernador de Jalisco al señor don Manuel Doblado, quien trajo una División numerosa y bien equipada. Por conducto del enviado especial de Ramón Corona a dicho nuevo funcionario, obtiene los recursos indispensables para el sostenimiento de su Sección; pero del Gobierno de Sinaloa, no llega a obtener ayuda sino hasta que Vega marcha a incorporarse al Ejército de Oriente y queda en su lugar García Morales, pues éste sí cumple con lo ofrecido. Precisamente al empezar el año de 1863, el general Doblado ascendió al grado de General de Brigada al señor don Ramón Corona, tomando en cuenta el constante y abnegado esfuerzo que venía haciendo desde tanto tiempo para servir a su Patria, soportando a veces vejaciones, necesidades y sacrificios personales. Ya con este grado, celebró los llamados Tratados de Tuxpan, con el objeto de procurar la amnistía de los rebeldes, la ayuda del Gobierno de Sinaloa a las fuerzas de Corona y el aumento de ellas con todas las partidas sueltas que se encontraban desorganizadas, como en el caso de los pronunciados de Escuinapa que ya estaban en Acaponeta incorporados. La

principal preocupación de don Ramón era la de organizar con la mayor perfección la Guardia Nacional, a pesar de tantos obstáculos como se les habían venido presentando, como cuando para remover rencillas de los amigos de Puerta Platanar, se dirigió a ese lugar quedando como Jefe Interino don Antonio Vallejo, a quien sorprendió Lozada causándole grandes pérdidas. Con presteza volvió Corona y procuró rehacer sus corporaciones, por lo que fue logrando poco a poco superar la derrota. Habiendo hecho un viaje a Mazatlán, obtuvo mayores auxilios de las autoridades hasta rehacerse por completo, habiéndose establecido en El Rosario, donde se le unieron otras guerrillas, menos la que comandaba el coronel don Anacleto Correa; pues habiéndole sorprendido Lozada lo sitiaron y en vista de que no se rendía, prendieron fuego al palmar en que se defendía habiendo perecido muchos ancianos, niños y mujeres que iban con los soldados huyendo de la ferocidad de los lozadeños. Todos se rindieron. Lozada propuso a su prisionero Correa que, dejándole como rehenes a su señora madre, a su esposa y a sus hijos, que todos estaban prisioneros, le permitiría ir si se comprometía a asesinar a Corona y además lo ascendería a general. Correa fingió meditarlo y horas después, le mandó decir que aceptaba... y habiendo llegado a Rosario, lo confió a don Ramón, pidiéndole que de inmediato fueran a rescatar a su familia asaltando el cuartel de Lozada. Habiéndose aceptado su idea, se le confió la avanzada y el 20 de marzo, después de comunicarse con el enemigo diciéndole engañosamente que estaba de su parte, cuando estuvieron todos juntos, ordenó Correa el ataque y desbarató por completo a sus contrarios; mientras Corona hacía igual cosa al secundarlo con el grueso de sus tropas, habiéndose apoderado de Acaponeta. Siguieron rápidamente otras operaciones, cayendo también Chilapa, en las cercanías de Santiago. Con el objeto de obtener mayor ayuda del Gobierno, partió Corona para Guadalajara dejando el mando al comandante Correa, que de manera tan bizarra y patriótica había dado lugar a los triunfos referidos, aun a riesgo de perder a sus más cercanos familiares.

Cuando don Ramón Corona llegó a la capital jalisciense, encontró ahí una situación diferente; pues ya Doblado había regresado a México, dejando al Gobernador Ogazón como comandante de las fuerzas. Llegaron luego las malas noticias del sitio y caída de Puebla el 17 de mayo en poder de los franceses y de la reacción.

Debemos recordar aquí la admirable circunstancia de que desde el desembarque de las fuerzas expedicionarias extranjeras, el Cabildo Metropolitano de Guadalajara hizo pública su aprobación y exhortó a los jaliscienses para que acudieran con las armas en de-

fensa del territorio patrio. Se distinguieron en tan elogiable actitud, el Canónigo don José Luis Verdía, el señor Arzobispo y numerosos clérigos y seglares que aportaron la ayuda que les fue posible, desoyendo a los fanáticos clericales imperialistas.

En Guadalajara se instaló la Junta Patriótica, designándose al señor general don Ramón Corona como Presidente de ella. Por parte del Gobernador Ogazón recibió el general otras atenciones y honores y se le ofreció el mando de la Brigada de Ahualulco para que emprendiera una activa campaña y terminara con la ya larga serie de defecciones, odios entre los jefes liberales y desórdenes y anarquía en los poblados del Sur del Estado.

Logró en parte tales propósitos y evitó con sus arengas que el pueblo de Guadalajara saqueara y destruyera las casas comerciales de algunos franceses, dando así un mentís a las acusaciones que en Europa se hacían correr por la reacción, en el sentido de que no tenían garantías los extranjeros en el país. Pasó luego don Ramón a la capital de la República para hablar con el Presidente Juárez y sólo encontró al Gral. Doblado a su paso por Guanajuato.

Marchó poco después don Ramón a San Luis Potosí, en donde se entrevistó con don Benito Juárez, quien lo atendió y ayudó cuanto pudo para que pudiera tener sus fuerzas en condiciones de servir a la nación y dándole además algunas cantidades de dinero, para enfrentarse no solamente a los franceses; sino a los propios mexicanos que eran cómplices de la invasión. Así volvió a Sinaloa en donde le dieron un plazo para empezar a darle diez mil pesos de los fondos federales, cada mes. A su regreso a Tepic, enfermó gravemente de paludismo teniendo que suspender su viaje por algún tiempo en Aguacaliente.

Durante su larga ausencia, su brigada, mandada interinamente por el comandante Correa había tenido éxito en su campaña contra Lozada teniendo controlada la región hasta Tuxpan, a costa de graves heridas que recibió en la última batalla. Una vez recuperado de su enfermedad, Corona regresó a Santiago, se hace cargo del mando y dicta algunas medidas para mejorar la dicha brigada; pero vuelven a faltarle fondos y urgentemente viaja a San Luis Potosí. En Durango, el Gobernador le facilita recursos así como el general González Ortega en Zacatecas. Precisamente en esta ocasión don Ramón se dio cuenta de la triste situación reinante, con las innumerables gavillas de reaccionarios que se formaban en el centro del país, que entretenían a las fuerzas de los liberales en su afán de enfrentarse a los franceses, que avanzaban amenazadoramente con el Mariscal Bazaine a la cabeza. En Jalisco particularmente, la situación era igual. Entradas y salidas de uno y otro de

los Partidos a las principales poblaciones, que producían la incertidumbre, la paralización de los trabajos agrícolas, la miseria en el pueblo. Cuando el señor Corona llegó a Guadalajara, el general Arteaga, que había ya sustituído a Doblado, estaba evacuando la plaza por aproximarse el enemigo francés. Se le comisionó para salir urgentemente a Manzanillo; y en el camino encuentra al llegar a Zapotlán, las fuerzas de Uraga, quien le ofrece que se quede con él; pero don Ramón rehusa en vista del carácter difícil de dicho jefe y, en cambio, busca a Arteaga y se pone a su disposición, recibiendo el mando de la Segunda Brigada. Este paso dado le salvó de caer prisionero de los franceses, pues el capitán de la Fragata francesa "Cordeliére", al apresar al buque nacional "Francisco", que conducía a parte de la fuerza de Corona, creyó que el comandante Sepúlveda, que mandaba el buque, era Corona; y cuando se convenció de que no era quien buscaba, le refirió que Lozada le había encomendado en San Blas la aprehensión de don Ramón; quien para entonces ya se encontraba en Acaponeta.

El día 6 de enero de 1864, entró Bazaine con sus fuerzas a Guadalajara. La población civil lo recibió sin ninguna ostentación, sino más bien con desprecio; pues el odio contra los invasores era general. Ninguna casa se adornó, como era costumbre, con colgaduras o iluminaciones de faroles. Solamente una comisión de extranjeros comerciantes fue a saludarlo a sus habitaciones después de su llegada. Causó muy gran disgusto aquel desaire, en el jefe francés. Quiso luego formar una dizque Junta de Notables de la ciudad; pero nadie concurrió a ella, en dos de las veces que citó a los vecinos principales, solamente algunos tres o cuatro, de los de ideas reconocidamente imperialistas. Para el colmo de sus males, Bazaine entrega el mando al general francés Douay, pues él es llamado urgentemente a México, porque las protestas de los prelados católicos tenían sublevada aquella ciudad contra los franceses. Se acusaba al mando intervencionista, de estar autorizando la desamortización de los bienes de la Iglesia que tenía desde mucho antes emprendida el gobierno liberal. Este aprovechó las circunstancias para mejorar la organización de las fuerzas armadas; y como Arteaga enfermera, Corona se hizo cargo del mando de la Cuarta División, yendo a concentrarse a Zapotlán de conformidad con las órdenes de Uraga. En esta ocasión, aquellas anteriores diferencias entre los dos jefes aumentaron. Uraga era egresado del Colegio Militar y reunía en su carácter todas las agravantes del militarismo abusivo, mientras que Corona era la representación genuína del ciudadano armado por razones patrióticas; pero sus costumbres eran las de un civil, respetuoso de sus semejantes. Como los france-

ses avanzaran rumbo al sur, Corona fue encargado de la defensa del Cerro Blanco, a la salida de la Barranca de Beltrán, en la zona del Volcán de Colima, donde Uraga creía que darían la batalla Como algunas de las instrucciones de éste le parecieran a Corona no convenientes, fue al cuartel general a manifestar francamente su opinión, pues se había dejado sin guarnecer un punto por el cual el enemigo podría pasar fácilmente. Mucho molestó aquello a Uraga, quien mandó pedir a Arteaga que retirara a Corona de aquella comisión dando a entender que le faltaba valor para cumplir su deber; lo que molestó a don Ramón, quien le contestó que en su hoja de servicios no había la menor mancha en tal sentido. Gracias a la intervención del general Iglesias muy respetado de todos, quien dijo estar conforme con la opinión de Corona, Uraga se contuvo llamándolo aparte, a su despacho, en donde le pidió que firmara unas declaraciones que deberían aparecer en los periódicos en esos días. Corona pidió que le mostraran el documento; pues el secretario de Uraga quería que sin leerlo, lo firmara. Como el documento fuera sospechoso, ya que declaraba en contra de lo que decía en la voz general, que rechazaba, de que los liberales eran más bien juaristas personalistas, entró en dudas y solamente después de largo meditar, que molestó a Uraga, se decidió a firmar. Posteriormente, escribió una nota aclaratoria que envió a los periódicos manifestando que si la había firmado era porque era principalmente anti-imperialista; pero que él era juarista y partidario convencido de la Constitución de 1857, que debería ser respetada por todos, civiles y militares y terminaba así : "En tal virtud, así como estoy resuelto a defender hasta sacrificarme, la libertad y la independencia de la República, lo estoy también para sostener la Constitución del 57, su gobierno y las leyes de reforma". Uraga pidió entonces en extensa carta a Arteaga que le retirara a Corona de sus servicios haciéndole cargos apasionados. Sucedió que, entre tanto, en la Barranca de Beltrán, donde estaba afortinada la gente de Corona, se le comunicó que uno de los soldados procedente de las fuerzas de Uraga había estado promoviendo la rebelión durante la noche; y que muchos de los soldados parecían resueltos a seguirlo, para irse a presentar al ejército francés más cercano. Al saber don Ramón aquella nueva, empezó a explicarse la rara conducta de Uraga para con él; y en vista del peligro de insubordinación de toda la tropa, fue inmediatamente a Cerro Blanco, detuvo al soldado alborotador y a otros cinco de los que más lo seguían y dirigiéndose a los demás, los exhortó con mucho entusiasmo a que no abandonaran a la Patria en la aflictiva situación que se encontraba. Fue tan conmovedora la arenga, que los soldados la aplaudieron mucho; y al orde-

nar su jefe el fusilamiento de los culpables de aquel incidente, la orden se llevó a cabo sin ninguna resistencia. Al saber Arteaga todo el suceso, lo aprobó con entusiasmo y al encontrarse poco después con Corona, lo felicitó calurosamente; pero cuando le dio su opinión de que Uraga era sospechoso y que sería conveniente prevenir un acto de traición de aquel mílite, Arteaga dijo que debían de esperar y no prejuzgar de un jefe. Como todo aquello fuera poco a poco siendo del conocimiento de todos, se empezó a notar el desagrado de la mayoría contra Uraga; y Corona, en previsión de mayor conflicto, fue concentrándolos en la Hacienda del Cabezón, en las cercanías de Ameca. Estando ahí acuartelados, supieron de la proximidad de las fuerzas francesas, saliendo inmediatamente a batirlos a pesar de la intensa lluvia. Al día siguiente encontró en Cocula al jefe Antonio Rojas, quien llevaba también órdenes para batirlos. Le refirió además, Corona, que él se retiraría con gusto si le facilitaba una escolta para no seguir con las diferencias con Uraga, lo que obtuvo; y así dejó don Ramón la Cuarta División.

De Ameca, siguió Corona rumbo a Guachinango, en donde estaba el Comandante Angel Martínez con poco más de cien hombres y pronto se encontró con el Capitán de Caballería Eulogio Parra, que tan grandes y buenos servicios prestaría a su causa y quien venía procedente de Mascota. Continuó la marcha por El Cabezón y el Cerro de Tequila, en donde, ya para pasar el río, tuvieron una escaramuza favorable con una partida del enemigo, que se retiró con fuertes pérdidas, dejando libre el vado. Como se aproximara una columna muy fuerte del ejército francés, tomaron el rumbo del Cañón de Juchipila para reunirse con García Cadena. Desgraciadamente, fueron sorprendidos en Valparaíso por dicha columna y llegaron derrotados a Sombrerete, incorporándose a González Ortega. Luego marcha a Zacatecas y de ahí Durango, para llegar después a reunirse con la Brigada de Tepic, que era la que él mandaba y que, por las pérdidas que había sufrido, estaba desorganizada, dedicándose con todo empeño a rehacerla, acuartelándose por fin en San Miguel del Mezquital. Ahí supo que Uraga fue desconocido por Arteaga, y en su lugar quedó el General Echeagaray. Así quedó en claro que Uraga, el gratuito enemigo del General Corona, había venido preparando su traición, esperando solamente una oportunidad, como era la llegada a Veracruz por esos días, del llamado emperador Maximiliano de Austria. Por algunos amigos de Guadalajara, le fue enviada la carta que publicaron los periódicos, que le dirigían vecinos connotados, sugiriéndole que se pasara a las filas imperialistas. Los firmantes fueron los señores Juan José Caserta, Jesús López Portillo, Vicente Ortigoza, Antonio Alvarez del Castillo y Rafael Jimé-

nez de Castro, que se decían liberales, al igual que en Nuevo León lo hicieron otros como Vidaurri, en la cual manifestaban su confianza en que Maximiliano respetase los principios liberales y que reconociese a los generales del colegio sus grados y sus méritos en campaña. Uraga se retiró a León y desde ahí escribió a Echeagaray una extensa carta en la que le relataba todos los honores de que había sido objeto por parte de los imperialistas; y que el propio Maximiliano lo invitaba a ir a México a que con él cambiara impresiones para decidirlo a que colaborase en su gobierno, en el cual le garantizaba, para sus compañeros y para quienes habían sido sus soldados, todas las garantías y premios merecidos. Uraga le pedía su opinión a Echeagaray, rápida, para decidirse a lo que fuera; para no esperar más.

Corona se reconcentró en Durango después de obtener la libertad de Angel Martínez, injustamente detenido en Sombrerete. Como los franceses en número muy superior avanzan, ellos desocupan Durango que queda por los extranjeros. En varias jornadas, perseguida la Brigada de Tepic, llegan hasta Nombre de Dios, en donde es nombrado Comandante; pero en vista de la desorganización de toda aquella zona amenazada, solicita del general Patoni su envío a Jalisco, que le es concedido. Pero como la Brigada de Tepic, con mil dificultades, lograba que la ayuda del gobierno de Sinaloa fuera cumplida, planeó de acuerdo con los jefes oficiales, salir para Mazatlán a conferenciar con García Morales, de quien Corona esperaba que aprobaría aquello y facilitaría los fondos para los soldados. No dio resultado la jugada; pero ya en Sinaloa, Corona, fue invitado a una conjura contra el Gobernador, formada por Sánchez Román, D. Antonio Rosales, el general Rubí, el coronel Palacios y muchos otros inconformes con la actividad sospechosa de García Morales contra los franceses. Sánchez Román atacó y tomó a Mazatlán y aprehendió al gobernador. Corona se adueñó de otras poblaciones, hasta que dominan todo el Estado y es nombrado gobernador don Antonio Rosales. Los franceses, aprovechando las reyertas entre los mexicanos, llegaron a las cercanías de Mazatlán, por mar y por tierra y después de una campaña de pocos días, entraron a ese puerto habiéndolo evacuado los republicanos en buen orden y fueron hasta Culiacán. Posteriormente, para unificar a los republicanos, Corona se establece en Guajícori, alcanzando en sus propósitos los mejores resultados. Aconteció en Sinaloa lo mismo que en Jalisco, respecto de la forma en que los invasores extranjeros eran recibidos por las poblaciones; pero más que en ninguna parte, en Mazatlán donde quedaron después de su triunfo aislados y menospreciados.

El destino del general Corona era el de tener siempre mas pro-

blemas entre sus mismos seguidores que con el enemigo; pues ya hemos visto que contra los lozadistas y después contra los franceses, la mayor parte del resultado de las acciones de guerra favorecen a don Ramón.

Al entrar el año de 1865, precisamente el día primero, estando Corona entre Durango y Sinaloa, en el punto llamado Espinazo del Diablo, el coronel francés Garnier, llevando a sus órdenes cerca de mil hombres y piezas de artillería lo atacó por más de cuatro horas de manera ruda y tenaz. Se vio don Ramón en la necesidad de retirarse, perdiendo algunos de sus soldados y cayendo otros de ellos prisioneros del sanguinario francés, que los fusiló incluyendo a un hijo de uno de los escribientes de Corona, cuya fuerza era de unos doscientos hombres que aumentó prontamente y hostilizó a Garnier, en todo su camino de regreso a Mazatlán. Otro jefe francés, el general Castagny, bajaba de la sierra cuando don Angel Martínez, de las fuerzas de Corona, se dio cuenta de que estando las fuerzas de ese jefe acantonadas en el punto llamado Vedados, en los corrales inmediatos tenían como cuatrocientas mulas de un convoy que Castagny custodiaba llevando toda clase de elementos de guerra para Mazatlán. Martínez, con sólo treinta guerrilleros, se aproximó cautelosamente a los corrales, sacó las mulas y se las llevó, a pesar de que los franceses al darse cuenta, lo persiguieron tenazmente; pero tuvieron que dejar la persecución por su desconocimiento de las montañas. D. Angel participó aquello a su jefe Corona; pues con su audaz acción, había dejado inactivos a los invasores, lo que aprovechó Corona para atacarlos con unos doscientos hombres, obligándolos a concentrarse en el poblado y a subir al campanario de la iglesia, que en el ataque fue incendiada quedando ahí y en las calles la mayor parte de los famosos "Cazadores de Africa" de la columna de Castagny; y los que quedaron prisioneros, fueron ahorcados en represalia de lo que hizo Garnier en Espinazo del Diablo. Cuando Castagny, avisado, llegó al siguiente día, 10 de enero, encontró el triste espectáculo del incendio y muerte de su ejército y sin ningún superviviente, ni tampoco a Corona, quien en la madrugada se había retirado conociendo la cercanía de otros enemigos, a los que tiroteó hasta las Higueras. El comandante don Eulogio Parra, al tener conocimiento del triunfo de don Ramón e ignorando que ya no estaba en Vedados, llegó con su gente, no más de ciento veinte de caballería; y grande fue su sorpresa al encontrarse con que ahí estaba el enemigo; pero todos escaparon afortunadamente. Cuando iban siendo perseguidos, el jefe Montagny de los invasores, se adelantó con su magnífico caballo árabe y alcanzó a Parra; pero éste, refrenando el suyo, dio ocasión a tener cerca a su contrario, al que mató de un tiro y brincó enseguida

al otro caballo en el que pudo correr con más éxito y salvarse. Posteriormente regaló al Gobernador Rosales ese caballo árabe. Furiosos los franceses por todas aquellas peripecias y burlas, quemaron el caserío del pueblo de Vedados. Llamaron en su auxilio a Lozada, quien acudió con más de dos mil hombres, cayendo sobre Corona el 18 de abril en Cacalotlán, tomándole 70 prisioneros y haciéndole unas cincuenta bajas. También don Nicolás Régules por esos días, sufrió el descalabro de Huauniqueo. En Guadalajara, había sido nombrado Comisario Imperial el señor don Jesús López Portillo, que aunque liberal, era imperialista y quien como se recordará, suscribió la carta a Uraga en unión de otros muy connotados tapatíos. Pero en cambio, otros jóvenes republicanos como Celso Ceballos, Joaquín Escoto y Clemente Villaseñor, publicaban el periódico "El Entremetido", que atacaba y hacía mofa de los invasores y don Ireneo Paz, el suyo, llamado "El Payaso", que atacaba también a los imperialistas con mucho humor y rudamente. Los dos periódicos fueron después clausurados por el Imperio. La derrota de las corporaciones mexicanas mencionadas, hizo que sus componentes prefirieran en lo sucesivo pelear en guerrillas.

Europa entre tanto, principalmente Francia, se debatía en nueva crisis que ya anunciaba la concentración de sus ejércitos para enfrentarse a ella. Pero Maximiliano no parecía darse cuenta, porque deseoso de asegurarse la lealtad de Lozada, le envió una espada de honor, con puño de oro, que le llevó a su pueblo de San Luis un embajador especial; que por lo demás, no fue recibido por el Tuerto; pero si aceptó la espada... El señor Corona seguía recibiendo noticias de nuevas guerrillas que se formaban en el Estado, como las de don Pedro A. Galván y de don Florentino Cuervo, quienes proclamaron públicamente su adhesión a la República al tomar Tecolotlán a mediados del año. El General Berthelin fue enviado a perseguirlos al mando de la llamada Policía Imperial, atrabiliaria y cruel, que por cualquiera sospecha fusilaba hombres, mujeres y niños. Afortunadamente, como ya se decía, las fuerzas francesas empezaron a ser reconcentradas para el reembarco a Europa; pues allá el desprestigio francés crecía y el trono de Napoleón se bamboleaba, para ser sustituído afortunadamente por la República. El 26 de mayo de 1866, fue nombrado General en Jefe del Ejército de Occidente por el presidente don Benito Juárez, don Ramón Corona. Reunió bajo su mando todas las brigadas de Jalisco y de Sinaloa, quedando bajo sus órdenes Parra, Tolentino, Ibarra, Brizuela y Donato Guerra. Los imperialistas acabaron de perder todo ánimo cuando llegó la noticia de que el famoso Berthelin y su cruel Policía Imperial, habían muerto en un encuentro casi todos. El Coronel D. Julio García supo que

el francés había salido de Colima para perseguirlo llevando como doscientos hombres, por lo que procuró atraerlo a la montaña, hacia el cañón de Los Guayabos, que era una verdadera trampa. Algunos de sus hombres empezaron a tirotear a los imperialistas en cuanto los vieron; y éstos, furiosos se echaron encima y así fueron atrayendo a toda su tropa, que de improviso se vio entre dos acantilados profundos y con la salida obstruida por troncones de árboles y por piedras, estando además ahí haciéndoles fuego una guerrilla mexicana. Desde arriba, don Julio García ordenó que les arrojaran enormes piedras; y que por la retaguardia los atacasen hasta no dejarlos retroceder. Uno de los primeros que quedó ahí muerto, fue el sanguinario Berthelin y de su gente, solamente se salvaron aquellos que pudieron escapar por angostas grietas de los acantilados, que no llegaron a quince. Aquella victoria tuvo efectos mágicos. Guadalajara fue abandonada por los imperialistas y el coronel Parra la ocupó luego; y los republicanos tonificaron su moral aumentando los efectivos en todas las guerrillas y corporaciones, no sólo de Jalisco y Sinaloa; sino de otras regiones más. El coronel Parra, por su parte, procuraba encontrarse en condiciones favorables, con una columna francesa que incursionaba con cerca de mil hombres que pretendían reforzar a Zapotlán que estaba sitiado y se afortinó en Santa María, a inmediaciones de Guadalajara; pues los imperialistas estaban replegándose, habiéndose encontrado por fin en la Coronilla, donde se registró la famosa batalla en la que Parra dio el más brillante triunfo a su causa. Ahí fue donde don Donato Guerra se cubrió de gloria, pues estando gravemente herido, siguió al frente de sus soldados hasta derrotar al enemigo... De aquellos mil intervencionistas, quedarían a lo sumo poco más de cien; pues todos eran acuchillados o fusilados en cuanto los dominaban. Esto aconteció el 19 de diciembre de 1866. El mismo día, la ciudad de Guadalajara empezó a ser evacuada por los reaccionarios; y en la madrugada del día veinte, salían los últimos al mando del Prefecto Imperial don Juan Jontán. Dejaron en la plaza numerosos pertrechos de guerra, entre ellos setenta y un cañones montados, parque, víveres y vestuario en gran cantidad. Parra la ocupó en seguida, acompañado por una comisión de connotados liberales que estaba formada por los señores don Ireneo Paz, don Emeterio Robles Gil, don P. Vázquez, y don J. M. Brambila, que fueron a felicitarlo por su triunfo y a llevarlo a la ciudad. Nombró Jefe Político de ella a D. Regino de la Mora y Comandante de la Plaza a don Donato Guerra.

El General Corona se ocupaba en Mazatlán de aprovechar en lo posible el fin del imperialismo. Lozada publicaba entre tanto, creyendo que así se salvaba, su famosa Acta de Neutralidad en su

pueblo de San Luis, declarando que no defendería en lo sucesivo a ninguno de los partidos políticos. A pesar de los peligros, de orden militar y político que se enfrentaban al señor Corona, emprendió el camino de Guadalajara, habiendo estado a punto de combatir con los imperialistas; pues al pasar por las Lomas de la Cruz, ocupada Tepic por ellos, sin atender a las provocaciones, continuó hasta Acaponeta. En Tuxpan se le incorporó el coronel Parra y juntos llegaron a Guadalajara el día 14. Ahí nombró como Gobernador Interino a D. Antonio Gómez Cuervo. Corona publicó un decreto anunciando a los imperialistas que aún estuvieran dentro del territorio jalisciense, que serían ejecutados si permanecían en él. Con la intervención de Robles Gil y don Andrés Terán, le pidieron que suspendiera los efectos del decreto y que ellos ayudarían a que los liberales que habían seguido a los imperialistas, se pusieran a sus órdenes. El señor Corona envió a Robles Gil con el señor Juárez, quien estaba ya en Zacatecas, para consultarle, habiendo dicho mandatario accedido, por lo que todos los liberales jalisciense quedaron en paz y numerosos imperialistas también. Quedaban como grandes enemigos, Lozada, que ya se preparaba para atacar hacia el centro del Estado; Méndez con dos mil hombres en La Barca, esperando a Miramón que estaba ya en San Juan de los Lagos; y en el sur el general Chacón, en colima; y el general AntonioAlvarez en San Marcos y en la Barranca de Beltrán. A éste lo derrotaron a pocos días los liberales Guadarrama y García acabando con él. El coronel don Franbarca y Ocotlán, haciéndolo retirarse en dirección a Zamora, seguicisco Tolentino contuvo inactivo a Méndez colocándose entre La do por Márquez. El día 3 de febrero los liberales atacaron y tomaron esa plaza logrando una victoria fulminante el 4 de febrero. Entre los enemigos prisioneros, estaba el llamado Burro de Oro, de nombre Francisco Velarde, descendiente de alguno de los encomenderos de los días de la conquista, dueño de extensiones inmensas de magnífica tierra en los valles de La Barca, Portezuelo, Ayo, La Piedad, Zamora, Yurécuaro, Ixtlán y otras y que se decía general de Maximiliano. Nunca hizo armas. Era solamente un ricachón infatuado, de poca cultura, por lo que se granjeó el apodo de Burro de Oro. De López de Santa Anna, que era su amigo, obtuvo el grado de general adhonorem, que le costaría la vida al caer Zamora, donde fue fusilado.

El Ministro de la Guerra había ordenado al general Corona para que con su Ejército de Occidente, fuera aproximándose a Morelia con el fin de que obrara de acuerdo con otros jefes, Escobedo y Régules, para el buen resultado de los planes que tenía el gobierno respecto de las operaciones para atacar a los imperialistas, que se habían establecido en Querétaro con su jefe Maximiliano. Pero an-

tes, a fines de enero de 1867, no queriendo dejar sin resolver el problema de las fuerzas imperialistas que quedaban en Colima y Manzanillo, marchó en esa dirección, se agregó a las fuerzas del general Guadarrama y el 1o. de febrero intimó la rendición de Colima, en donde se encontraba el general reaccionario Felipe Chacón, quien aceptó rendirse entregando la ciudad, nombrando Corona gobernador a D. Ramón R. de la Vega y marchando a Zapotlán y de ahí a Zamora, desde donde se comunicó ya con Escobedo que estaba en Dolores Hidalgo, para concertar sus movimientos. Corona siguió por Acámbaro y Tarimoro, mientras que Miramón, indeciso, no atacaba a los sitiadores, dando lugar a que las fuerzas de Escobedo y de Corona se aproximaran y pudieran unirse en caso necesario, como sucedió cuando, decidido por fin Miramón, atacó el fuerte del Cimatario el 27 de abril, estando ya don Ramón en el cuartel de Riva Palacio. En la madrugada de ese día, cuando Corona oyó un rudo tiroteo en dirección del dicho Cimatario; y rápidamente salió de la tienda, ensilló su caballo y corrió hacia donde se oía la balacera, dándose cuenta desde una loma, que el ejército republicano estaba siendo destrozado; pues el general Aureliano Rivera ya se retiraba y solamente Jiménez resistía aunque con dificultad, pero con gran valor. Corona, que tenía el carácter de Segundo Jefe de todo el Ejército liberal, sin ningún temor pidió urgentemente fuerzas al general Escobedo, recibiendo luego las de los batallones Cazadores de Galeana y de San Luis; y secundado por ellos, pudo alcanzar a los imperialistas que se llevaban ya un rico botín del Cimatario, quitándoselos, a pesar de que fueron reforzados por Miramón; pero también los republicanos recibieron ayuda de Guadarrama, de Naranjo y de Tolentino. En pleno encuentro, Corona estuvo en peligro de morir, pues una granada estalló muy cerca del grupo en que estaba con su Estado Mayor, matando a uno de sus ayudantes. El general Rocha con el batallón Supremos Poderes, llegó a reforzar a don Ramón; y ya en conjunto, atacaron al enemigo derrotándolo completamente a pesar de su tenaz resistencia, quedando así anulada la posiblidad de que Maximliano pudiera salir huyendo de Querétaro; pues sus tropas fueron obligadas a volver. Después, el 15 de mayo, el coronel imperialista Miguel López, de acuerdo y por órdenes de Maximiliano, entregó la plaza a los sitiadores y Escobedo, recibió la espada del austríaco, como símbolo de rendición absoluta. El epílogo fue el drama del Cerro de las Campanas, con el fusilamiento de Maximiliano,, la gran lección que un pueblo joven, el mexicano daba al viejo mundo, teniendo nosotros un man-

datario como Benito Juárez, de humildísima cuna y de la raza pura de América; y ellos las decadentes casas reales medioevales.

Se impuso, después del gran triunfo, el licenciamiento de los soldados de la República. Corona argulló que la campaña de Alica era urgente para pacificar el Cantón de Tepic. Desgraciadamente los triunfos de don Ramón, la historia de toda su vida, eran ya de gran notoriedad. Otros jefes le tenían envidia y celos. Por eso, el Ministro de la Guerra D. Ignacio Mejía, lo desoyó. El 21 de julio llegaron a Guadalajara los contingentes del Ejército de Occidente, que se llamaba ya la Cuarta División. Se licenciaron algunas corporaciones, se refundieron otras y se envió a Sinaloa a quienes eran de aquel Estado...

En esos días, el señor general don Ramón Corona recibió de los mexicanos establecidos en San Francisco, California, un obsequio consistente en una espada magnífica, con puño de oro y en cuya funda se leía esta frase : 'Los mexicanos leales, que residen en California y Nevada, acogiendo la idea del Cónsul de la República, dedican esta espada al C. Gral. Ramón Corona, por el valor desplegado triunfando de los franceses y traidores". Por lo que se refiere a la política en Jalisco, baste decir que el gobernador Gómez Cuervo pudo alcanzar ese puesto debido a la influencia del general Corona y desde entonces se le tuvo a éste como jefe del partido cuervista. Hubo otros incidentes locales y algunos que alcanzaron a tener repercusiones nacionales; pero don Ramón no intervenía en ellos, ya que radicaba en Durango con sus fuerzas; que era una brigada de la Cuarta División, con la que vino a relevar a Guadalajara en ei año de 1871, en enero, al coronel Florentino Carrillo. En marzo, Gómez Cuervo fue favorecido en sus dificultades con el Congreso Local por una resolución de la Cámara Federal y se hizo cargo de su puesto, reorganizando su gobierno. De esos días data la fundación por don Ramón Corona de la "COMPAÑIA LANCASTERIANA", benemérita institución cultural que se dedicó al impulso y progreso de la educación pública inspirada en las ideas liberales.

En el mes de octubre de ese año de 1871, el general don Donato Guerra se levantó en armas contra el gobierno nacional y escribió una carta al señor D. Ramón Corona, dándole las razones de su rebeldía, a la que Corona contestó de inmediato, llamándole la atención por haberse dejado seducir por engañosas palabras de políticos y sintiendo que, antets de dar ese paso, no le hubiera avisado. El movimiento fue secundado por muchos otros generales de prestigio, como Mier y Terán, Félix Díaz, García de la Cadena, Angel Martínez, Treviño y Naranjo. La revuelta duró poco más de

medio año. Corona fortaleció Guadalajara, pero no alcanzó a la ciudad la conflagración, a pesar de que en el Estado se sublevaron Labastida, D. Julio García, Lomelí, y Filomeno Bravo. García de la Cadena ocupó Colotlán. Treviño la ciudad de Lagos y don Pedro A. Galván a Cocula. El general Corona emprendió la campaña contra todos ellos dictando la más activa persecución. Súpose en ese tiempo que D. Porfirio Díaz estaba en Chamela, donde había desembarcado, aparentando ser un ayudante de Galván quien había ya sometido a Labastida y pronto en otros lugares, la revuelta fue dominada. En los primeros días del año siguiente, (1872), el señor Corona recibió de sus amigos de Tepic informaciones muy alarmantes sobre los preparativos que Lozada hacía visiblemente, para levantarse en armas. Luego llegaron a Guadalajara a presentarse a Corona los coroneles de Lozada; Práxedes Núñez y Andrés Rosales,, quienes se habían salvado de ser asesinados ayudados por algunos de sus soldados; pues el Tigre de Alica no les tenía confianza por ser amigos del señor Corona. El 19 de julio de 1872 recibió el gobernador don Ignacio Luis Vallarta un mensaje en el que se le participaba la muerte del señor Presidente, Lic. D. Benito Juárez, en honor de quien se hicieron solemnísimas honras fúnebres. En las elecciones de octubre, resultó triunfante el Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, quien habría de sustituír al ilustre desaparecido.

A fines del mes, se conoció en Guadalajara el llamado "Plan Libertador" proclamado en la Sierra de Alica por los pueblos del Nayarit. Ya el señor Vallarta, así como el general Corona, habían dado a Lerdo cuenta de la difícil situación; pero como Lozada había mandado delegados a manifestar su lealtad al señor Lerdo, éste no ordenó ninguna ayuda y el Ministro de la Guerra, Gral. Ignacio Mejía, que veía con envidia la popularidad y los progresos del señor Corona, se redujeron a ordenar que los batallones 14 y 21 de infantería pasaran de S. Luis a Jalisco. En el dicho plan de Lozada se injuriaban a todos los funcionarios, empezando por el Presidente Lerdo y contenía numerosos considerandos y cláusulas en las que sensuraba los principios liberales y repudiaba la legislación de la Reforma. El día 24 la vanguardia de Lozada, con él a la cabeza, se presentó en Tequila, que fue defendida heroicamente por el jefe político don Sixto Gorjón, con sólo la gendarmería municipal y unos cincuenta vecinos liberales que le ayudaron; pero que fueron vencidos por las numerosas hordas de los lozadeños. El señor general don Ramón Corona, bien prepaardo salió de Guadalajara para batirlo el día 27, al frente de poco más de dos mil hombres de las tres armas y seis piezas de artillería, habiendo pasado la noche en Zapopan. Al día siguiente, 28, a las primeras ho-

ras de la mañana se avistaron con el enemigo en el rancho de La Mojonera, cercano a esa población como unas tres leguas. Lozada contaba con más de ocho mil hombres y traía tres cañones. Pronto empezó una enconada lucha que luego se generalizó totalmente. Los lozadeños, por su gran número consideraron que podrían envolver a su enemigo y así acabar con él; pero Corona tenía bien fortalecidos los corrales de La Mojonera, su artillería bien colocada y los batallones de manera que pudieran maniobrar y defenderse.

Fue tal el fragor de la batalla, que se oía en Guadalajara el tiroteo y el tronar de los cañones. Las calles de esa ciudad quedaron desiertas, las oficinas, públicas y del comercio y las de los profesionistas, fueron cerradas quedando las vías públicas desiertas y las fuerzas cívicas, que estaban preparadas, ocuparon los fortines, los campamentos y las alturas. La población se vio presa del pánico.

Cuando Lozada quiso dar un asalto total, Corona se le enfrentó rechazándolo con la Brigada Primera, que recibió al enemigo con la balloneta calada, mientras que el coronel Romado daba una carga protegido por la artillería, con lo cual el enemigo quedó vencido, dejando en el campo su artillería y retirándose rápidamente, no pudiendo Corona perseguirlo por falta de fuerzas de refresco.

Algunos vecinos de Zapopan y de Guadalajara, se habían acercado por curiosidad para ver de lejos la batalla, en los momentos de la fase más aguda del encuentro, cuando Corona se veía envuelto por Lozada y volvieron diciendo que éste había triunfado. La consternación fue general; pues Corona era muy querido y nadie deseaba verse en donde el Tigre de Alica reinara... Otro incidente se registró ese día. El parque de los cañones de Corona, estaba picado, lo que se advirtió en el momento del tiroteo. Cuando se hicieron los preparativos para la lucha en los días anteriores, el visitador general se dio cuenta de eso y ordenó al coronel de artillería José R. Cuevas que reconociese todo el parque y sólo enviara al campo lo que estuviera en buen estado; éste en lugar de verificar un examen, dio igual orden al soldado guarda parque, pero se aclaró después que solamente le había dicho la cantidad que iría; el caso fue que puso en peligro la victoria por el descuido y su falta de seriedad...

Corona por su parte, al saber el defecto, ordenó que con los paños de los soldados con que se cubrían del sol, sustituyeran los saquetes picados y así suplió en lo posible el grave defecto. Penetró en La Mojonera con todas las precauciones y Lozada, perdiendo en la acción más de mil hombres, continuó su marcha a la Sierra de Alica, quedando él mismo herido de un brazo y dejando en el ca-

mino muchos muertos y heridos. Solamente algunas guerrillas dispersas qu edaban en Jalisco. Como Lozada también enviara a su segundo, Agatón Martínez, con una columna para asaltar a Mazatlán, el general don Jesús Altamirano le hizo frente en El Rosario y lo derrotó por completo. Desde luego procuró el Tigre abastecerse en Sinaloa de toda clase de elementos para remontarse a lo más abrupto de la sierra y fortificarse ahí. El general Ceballos desde aquel Estado, estuvo impidiéndole sus movimientos y luego avanzó hasta Acaponeta y por fin, en Santiago se reunió con el cabecilla Agatón Martínez que se puso a sus órdenes y entraron fácilmente a Tepic el 1o. de marzo. Por su parte, el general Corona, que había sido nombrado Jefe General de las Operaciones, decidió entrar por la Sierra de Mochitiltic el día 14, llevando más de dos mil quinientos hombres de infantería y como mil de caballería, más 12 piezas de artillería de montaña. Su primer éxito fue la toma de San Luis, donde se le rindió el más connotado de los jefes lozadeños, Domingo Nava, que tenía 20 cañones, 14 carros y muchos fusiles, con cuya ayuda se sometieron los pueblos de los departamentos de Santiago, San Blas, Compostela y Acaponeta, quedando todo el territorio controlado, salvo la región meramente lozadeña, sin San Luis. Sus fuertes principales eran la de Mesa del Nayarit, Las Higueras, Agua Bendita, La Cruz, Malanoche, El Jazmín, Platanitos y Guaynamota. Con tres columnas mandadas por los jefes Tolentino, Carbó y Ceballos y con la ayuda, por el lado de Zacatecas, del general Carlos Fuero, quien envió una brigada en dirección de Mochitiltic, se inició la marcha el 6 de abril. Ante tales preparativos las fuerzas de Lozada se desintegraron y en pequeños grupos eran perseguidas por las fuerzas liberales. En vista de esta circunstancia, el general Corona ordenó que la mitad de las fuerzas quedaran guarneciendo Tepic, para estar disponibles en caso necesario; y con la otra mitad, siguió el cerco. Ya para el día 7 de junio, en el que don Ramón entró a Guadalajara, el más absoluto triunfo se había alcanzado, recibiendo la ciudad al héroe con grandes muestras de regocijo y cariño. El día 14 de ese mismo mes, el general Andrés Rosales supo en dónde se encontraba Lozada; fue, lo atacó, lucharon y Rosales logró derrotarlo y aprehenderlo, dando inmediata cuenta al general Ceballos, quien mandó al jefe Carbó con quinientos soldados para que llevaran al prisionero, entrando a Tepic, como dice don Luis Pérez Verdía en su obra "Historia de Jalisco": Iba en medio de los cuerpos de artillería, montado en un mal caballo conducido de la brida por un soldado, y vestía pantalón y chaqueta civil de dril rayado y sombrero de fieltro negro; se pre-

sentaba encorvado, con las manos puestas sobre la cabeza de la silla mirando hacia adelante sin fijarse en nadie".

El 19 de julio, a las seis de la mañana, habiéndolo condenado el Consejo de Guerra a muerte y negado el indulto por el Gobernador del Estado, fue pasado por las armas. El pelotón de ejecución estuvo formado por un soldado de cada uno de los cuerpos de la guarnición mandados por el general Prisciliano Flores. Antes de ser ejecutado, pidió que se le dejara hablar y dijo que se despedía protestando haber obrado en toda su vida para beneficio de su pueblo; no permitió que lo vendaran; se arrodilló y con mucha entereza murió aquel hombre que por tantos años había sido la más grande amenaza de Nayarit, Jalisco y Sinaloa. Su vencedor, don Ramón Corona, aun cuando era visto con respeto y consideraciones tanto en estas regiones como en todo el país, sin embargo, su gran popularidad, su manera natural y democrática de su trato, le habían granjeado odios y envidias de aquellos que tenían ambiciones de poderío.

Díaz años pasó fuera del país, designado por el Gobierno Nacional Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de nuestra República en España; es decir, desde fines de 1874 hasta el 10 de abril de 1885. La capital de la República le hizo un recibimiento cariñoso con la representación del señor Presidente y Jalisco envió en comisión a los señores D. Juan José Baz, D. Luis del Carmen Curiel y D. Alfonso L. Jones. Era Secretario de la Embajada en Madrid nuestro gran poeta Juan de Dios Peza, quien hizo públicas estas declaraciones respecto de la forma en que era visto el señor Corona en Europa : "Toda la nobleza, todas las personas de valimiento y de renombre, frecuentaban aquella casa. En los bailes de la Legación se veían reunidos lo mismo a los miembros de antigua nobleza española como Osuna, que a los de la moderna como la Duquesa de París, como a los jefes de los partidos más opuestos... Me parecía que aquellos salones eran el libre suelo de México, donde en plena luz del día hemos visto pasear juntos y del brazo, al pretendiente del trono de España, don Carlos de Borbón, con uno de nuestros escritores más liberales: don Ignacio M. Altamirano".

En Jalisco, después de tantos años, se había conservado la memoria grata de don Ramón, que ahora, su regreso, en lugar de decaer, se acrecentaba, tanto más que, como no había participado en las peripecias y crisis políticas de aquellos años, no se tenían contra él rencores ni odios fundados.

Aun cuando las elecciones para la renovación de los Poderes del Estado estaban señaladas para 1887, numerosos ciudadanos se

fijaban ya en él para lanzar su candidatura; pero quien primeramente le escribió proponiéndosela, fue don Luis Pérez Verdía, obteniendo la aprobación de don Ramón. Uno de los candidatos contrario, de mayor posibilidad, era el general don Pedro A. Galván, quien en unas declaraciones que hizo a fines de 1886, manifestó que dadas sus obligaciones militares en la capital de la República, aunadas a su convicción de que el señor Corona era el mejor de los postulados, rogaba a sus partidarios y a los otros candidatos que hubiere, que todos se sumaran, como lo hacía él desde ese momento, para que Corona resultara por una mayoría absoluta de los jaliscienses. Así sucedió en efecto, con ciertas resistencias del gobernador saliente Tolentino, que tenía otro candidato, pero que no le fue posible imponerlo por la gran popularidad de Corona.

El 1o. de marzo de 1887, el señor general don Ramón Corona presentó solemne juramento ante la H. Legislatura de Jalisco, en su carácter de Gobernador Constitucional electo, en medio de muy grande regocijo de todas las clases sociales, que festejaban aquel afortunado acontecimiento con músicas y grandes desfiles por todas las calles y lugares públicos de Guadalajara, al igual que en todo el Estado sucedía.

Desde muchos años atrás, se había hecho muy conocido el rumor público de que don Porfirio Díaz veía en el general don Ramón Corona un natural rival, no porque éste en alguna forma, por simple que fuera, se le estuviera enfrentando, cosa que de ningún modo hizo; sino porque en el ánimo del pueblo mexicano las hazañas históricas de que don Ramón era legítimo autor, le habían dado una fama difícilmente igualada por algún otro general o político, incluyendo a Díaz. A esto habrá que agregar el crédito que en el extranjero se había ganado cumpliendo ampliamente con su gestión diplomática en la Corte de Madrid, de donde venía también aureolado, al grado de que, aun cuando, como en secreto, se le atribuían un romance con la Reina de aquel país, y la paternidad del Príncipe de Asturias, que después sería el Rey Alfonso XIII. Se hacían comparaciones entre los retratos de don Ramón y los de D. Alfonso.

Dentro de este marco, aparecía el nuevo gobernante. Pero el arraigo de D. Ramón en el pueblo, era por su credo liberal cuya obra pública era esperada con una gran confianza optimista por todos, absolutamente todos los ciudadanos honrados. Sus primeras obras fueron el establecimiento de un Monte de Piedad y Caja de Ahorros, con un capital de $300,000.00 que se formó entre él y sus amigos, para que facilitara a los trabajadores y campesinos necesitados dinero, con la garantía de objetos y alhajas. Mucho se le agra-

deció esta medida, que puso a salvo a los necesitados de caer en las garras de los agiotistas. Organizó y reglamentó debidamente la Instrucción Pública. Gestionó y obtuvo la prolongación de la vía del ferrocarril desde Irapuato a Guadalajara, que fue inaugurada el día 15 de mayo de 1888, habiendo venido en representación del Presidente de los Ministros D. Manuel Romero Rubio, D. Carlos Pacheco y D. Joaquín Baranda. En la noche se verificó en el Palacio de Gobierno un gran baile, en el cual hizo los honores la señora de D. Ramón, pues ahí habían establecido su residencia siguiendo la costumbre antigua, que se había perdido después de un incendio en una de las alas del edificio.

En ese mismo día se inauguró una exposición regional, en la que se presentaron 783 expositores.

Ayudado por los doctores Garciadiego y Benítez, reformó la escuela de Medicina hasta ponerla en un plan moderno, colaborando en ella los ilustres médicos matropolitanos Lavista y Liceaga.

Hizo también cuanto pudo por establecer firmemente la industria de la seda, mandando plantar numerosos árboles llamados "moreras" en las calles y jardines de la ciudad y en el Agua Azul; se importó gran cantidad de simiente del gusano, poniendo en el Hospicio el taller de filatura y todo cuanto para el desarrollo de la industria era necesario.

Fue él quien inició la construcción del ahora llamado en su memoria "Mercado Corona", porque era ya una necesidad un edificio adecuado que sustituyera los feos puestos de los vendedores que ahí, en pleno centro, habían formado. Se puso en servicio en el año 1891.

El trágico epílogo de su vida.

Aquel hombre de trato fino y cortés, que fue sencillo y leal cuando se comunicaba con el pueblo, y con sus amigos o con quienes acudían a sus oficinas; pero que como jefe militar, era severo, de pensar tranquilo y sesudo. Su valor no era impulsivo, sino frío y reflexivo, rígido; pero sus órdenes eran respetadas así fuera de palabra o escritas. Tenía muy buena memoria, lo que le facilitaba el trato personal con numerosas personas y en todos sus asuntos, lo cual le daba mayor popularidad. No hay ningún indicio de que tuviera ambiciones por llegar a ocupar la Presidencia de la República; pues como hemos mencionado antes, solamente quienes tenían envidia de sus virtudes hacían correr tales especies que ni antes ni después de su muerte se han comprobado. Su vida como gobernante era clara, diáfana, hogareña. Su familia reunía en sus salones a

las familias de Guadalajara, para conversar, para celebrar saraos honestos y se habían granjeado la amistad de todas ellas.

El día 10 de noviembre de 1889, salió del Palacio acompañado de su señora esposa, a las cuatro y media de la tarde. Estaban invitados por una modesta compañía dramática cuyos actores lo habían llamado a presenciar la representación de la obra "Los Mártires de Tacubaya", que tendría lugar en el Teatro Principal. Iban delante de los esposos una sirvienta llevando de la mano a su hijito Carlos. Recorrían la calle de Pedro Moreno y a las dos cuadras, dieron vuelta por la de Degollado, tomando el lado oriente. Cuando estaban por llegar a la calle del Carmen, ahora llamada Av. Juárez, lo agredió con gran violencia y rapidez un individuo alocado, llamado Primitivo Ron, al parecer de la clase media dada su indumentaria, quien lo apuñaleó cobardemente, primero en el cuello y después en el hombro derecho. El señor general respondió virilmente a la acometida y quiso sacar el verduguillo de su bastón para defenderse lo que no pudo, porque la herida del hombro le desarticuló los muslos y nervios del brazo; y el agresor viendo aquello, le hundió el puñal en el vientre y se volvió contra la señora esposa del general, que le asestaba terribles golpes con su sombrilla en la cabeza, hiriéndola él sin que afortunadamente fuese grave la lesión, porque las varillas del corsé salvaron a la dama. La versión oficial de lo que aconteció después es la siguiente: El asesino corrió alguna corta distancia por media calle y luego se detuvo y se clavó el homicida puñal en el corazón, cayendo muerto como de rayo. El señor general Corona, al ver aquello, se acercó y le dijo : "Desgraciado, ¿qué haces...? Yo te perdono...! Luego con grande esfuerzo, a pie, volvió sobre sus pasos y llegó al Palacio, subiéndolo algunos de los empleados de la Inspección de Policía en brazos, hasta sus habitaciones. Fueron urgentemente llamados los doctores Garciadiego, Bustamante y Arce, declarando todos ellos que las tres heridas eran graves; y mortales la del cuello. La del vientre, había roto los intestinos. Como reguero de pólvora corrió la noticia por toda la ciudad. Se dio aviso al señor Presidente de la República. Los doctores trataron de hacer una laparatomía para el arreglo de los intestinos y alguien propuso que fuera llamado urgentemente de México algún famoso cirujano, a lo que el doctor Bustamante se opuso terminantemente, bajo el pretexto de que ello sería denigrante para el cuerpo médico de Guadalajara.

Todo era ya inútil. A las siete horas y minutos del día 11 de noviembre de 1889, dejó de existir aquel grande hombre, cuando contaba cincuenta y un años de edad, en medio de la desesperación

de sus familiares y del pueblo jalisciense, así como de la opinión pública de toda la Nación; pues se le quería y respetaba por haber tomado participación en acontecimientos de grandísima importancia histórica, de manera relevante y en primera línea, tales como el del triunfo de la República sobre el Imperio.

Los restos mortuorios de nuestro gran hombre, fueron depositados con toda solemnidad y amor del pueblo, en la Rotonda de los Hombres Ilustres, del Panteón de Belén, en el Sarcófago Egipcio que luce en el centro de aquel lugar, en el que eran recibidos los cadáveres de los ilustres jaliscienses. Años más tarde, cuando en cierta ocasión se proyectó cambiarlos a lugar más céntrico, ante la sorpresa general se vio que, al verificar la exhumación, se encontraba el señor Corona como si acabara de morir, en buena conservación. En una segunda ocasión, pasó igual cosa, habiendo dado fe de ello connotadas personalidades y notarios públicos llamados para dar fe. Igual cosa se hará el día 15 del mes de mayo de este año de 1967, cuando definitivamente se trasladen los restos mortales del señor General Corona, solemnemente, a la moderna Rotonda de los Hombres Ilustres del Jardín llamado antiguamente de la Soledad.

Como punto final a este Boceto Histórico del señor don Ramón Corona, vamos a referir la versión que desde en aquellos días dio un testigo presencial de estos acontecimientos fatales y trágicos: el gran pintor jalisciense, de fama mundial, Gerardo Murillo, o Doctor Atl, como él se decía, como pseudónimo :

"Yo estudiaba con el pintor Jontán cuando tenía unos catorce años... (llegó a decirme aquel grande amigo mío). Tenía mi maestro su estudio y su casa, en la calle del Carmen, ahora de Juárez. Estábamos en charla y trabajando en nuestro arte la tarde del domingo 10 de noviembre de 1889, cuando oímos una gran gritería y vimos que una señora elegantemente vestida, asestaba con su sombrilla muy fuertes golpes en la cabeza a un individuo desmedrado, que a su vez pretendía herirla sin lograrlo. A su lado, un caballero, que pronto identificamos como nuestro grande y buen gobernador, don Ramón Corona, se mostraba muy pálido y le decía algo al agresor, pero sin violencias. Todo aquello lo mirábamos con toda precisión, porque el estudio de Jontán tenía su balcón de manera que la calle de Degollado se dominaba perfectamente y ahí se desarrollaba el drama. De pronto, unos individuos con aspecto de policías de la reservada, se echaron sobre el heridor del señor Corona y lo arrastraron hasta media cuadra y ahí uno de ellos le quitó el puñal y se lo hundió en la mitad del pecho, cayendo ese hombre desplomado al suelo. Después hubo un revoltijo, llegaron otras gentes raras y empezaron a propalar la especie de que el magnicida

Primitivo Ron se había suicidado. Después, (contaba Atl), como supieran en los corrillos oficiales que yo había sido testigo presencial del suceso, me estuvieron recomendando, sobre todo aquellos que eran porfiristas y enemigos del general Corona, que no siguiera propalando lo que sabía, porque me costaría caro... Y como luego empezaran a molestar a mi padre, que era dueño de una farmacia frente a San Juan de Dios, preferí marcharme a México para evitar complicaciones".

Se hicieron grandes honores, militares y civiles, como honras fúnebres al desaparecido trágicamente, en medio del duelo general de la población y del Estado.

Primitivo Ron era un joven maestro nayarita, de Amatlán de Cañas, de unos 22 años de edad, quien en unas memorias extrafalarias que dejó escritas, decía así: "Próxima está mi hora en que debo concluír, mi dignidad y mis órganos cerebrales no pueden dejar de funcionar y por eso no se resisten a cumplir con su misión humana, —suicidarme— como la suerte del glorioso guerrero Eshuahuacatl y del literato y profundo filósofo Manuel Acuña...". Era pues, un loco. Un loco que vino a acabar con la vida de un hombre cuyo porvenir era mucho todavía, como dijo un periódico español al publicar su retrato:

"De inteligencia, valiente,
y de una honradez notoria.
¿Quién al verlo no presiente
que coronará su historia.
Siendo digno Presidente?

Muchos de los políticos y periodistas de aquella época atribuyeron el crimen a los porfiristas, fundados en aquel loco afán reeleccionista de su jefe. Daban como prueba otros casos; los del general García de la Cadena y el del Gobernador de Guerrero, el jalisciense general Francisco O. Arce, a quienes aseguraban que los habían eliminado al igual que al señor Corona. De ser cierto, lo único que lograron fue agregar el noble título de MARTIR a los que con inteligencia, valor, nobleza y lealtad a su pueblo jalisciense y mexicano, se había ya ganado nuestro ilustre DON RAMON CORONA en su notable vida.

Se terminò de imprimir esta edición de
2,000 ejemplares el 15 de Mayo de 1967
en el Departamento Editorial de la
Universidad de Guadalajara